

El Cortesano de Castiglione: *Modelo antropológico y contexto de recepción en la corte de Carlos V*¹

Eduardo Torres Corominas

El *Libro del cortesano* de Baltasar de Castiglione (Venecia, 1528)² ha sido reconocido unánimemente como una de las obras más influyentes y representativas del Renacimiento italiano, no sólo por su rápida difusión en el Occidente cristiano³ —fue traducido a las principales lenguas europeas en las décadas que sucedieron a su primera edición impresa— sino, sobre todo, por la amplia y duradera repercusión alcanzada por sus proposiciones, que fueron imitadas, adaptadas o desarrolladas en sus aspectos particulares —una vez erigido el libro en architexto, en referente obligado de la literatura áulica europea— por los diferentes tratadistas que, a lo largo del Antiguo régimen, modelaron en sus escritos el excelso “arte de la cortesanía”, esto es, el código de comportamiento, el conjunto de valores y reglas en los que se fundaba una “forma de vida” —distinguida, elegante y decorosa— propiamente cortesana⁴. Frente a aquel variadísimo *corpus*

¹ El presente estudio ha sido realizado en el seno del proyecto de red de grupos de investigación nacional “La Europa Católica en la encrucijada (1598-1648): ¿La obediencia a Roma o a los intereses de los reinos?” (HUM2006-12779-C03-01).

² La edición *princeps* italiana puede conocerse a través de Baldassar CASTIGLIONE: *Il libro del cortegiano*, facsímil de la primera edición (Aldo Manuzio, Venecia 1528), Bulzoni, Roma 1986. Para el conocimiento de la obra es fundamental la edición de Garzanti, Milán 1987, con introducción de A. QUONDAM.

³ Sobre la recepción de *El cortesano* en Europa, véase P. BURKE: *Los avatares de “El cortesano”*, Gedisa, Barcelona 1998.

⁴ Sobre la forma de vida cortesana, véase el trabajo clásico de A. QUONDAM: “La forma del vivere. Schede per l’analisi del discorso cortigiano”, en A. PROSPERI (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”*, Vol. II: *Un modello europeo*, Bulzoni, Roma 1980, pp. 15-68.

de tratados, diálogos y obras de naturaleza diversa que constituyó el llamado “discurso cortesano” —siempre entre ética, política y economía— la obra de Castiglione, elaborada a comienzos del siglo XVI, adquiere carácter fundacional desde el momento en que establece las líneas maestras de un nuevo modelo antropológico ⁵, el del moderno *gentiluomo*, que, configurado a partir del ideal caballeresco medieval, perdurará entre las clases privilegiadas hasta el período revolucionario liberal, momento en que el incipiente Estado contemporáneo verá nacer en su seno al caballero burgués decimonónico —el *gentleman* inglés— heredero directo de los valores estéticos y morales encarnados, años atrás, por el hombre de la corte ⁶.

Cada sistema político, por consiguiente, aparece vinculado —a partir de este esquema fundamental— al desarrollo de una particular tipología humana definida por un sistema de valores y un modo de vida que no pueden comprenderse fuera de la historia. En efecto, al igual que el feudalismo posibilitó el surgimiento del ideal caballeresco entre la aristocracia guerrera encargada de la defensa del territorio, así el nacimiento del cortesano como arquetipo nunca pudo gestarse sin la previa configuración de un “sistema de corte” ⁷ —característico de las monarquías europeas del Antiguo régimen— donde las funciones políticas de la aristocracia se vieron profundamente alteradas por el cambio de equilibrio experimentado, a finales de la Edad Media, en el juego de interdependencias establecido entre nobleza y monarquía. La tradición discursiva que inaugura *El cortesano*, por tanto, en su particular exposición de las calidades y destrezas propias del hombre de

⁵ Al respecto, véase C. OSSOLA: “La nascita del modello”, en *Dal “Cortegiano” all’“uomo di mondo”*. *Storia di un libro e di un modello sociale*, Einaudi, Turín 1987, pp. 27-42.

⁶ Este largo proceso fue reconstruido por M. DOMENICHELLI: *Cavaliere e gentiluomo. Saggio sulla cultura aristocratica in Europa (1513-1915)*, Bulzoni, Roma 2002.

⁷ Los fundamentos del “sistema de corte” pueden conocerse a través de C. MOZZARELLI: “Principe, corte e governo tra ‘500 e ‘700”, en *Culture et idéologie dans la genèse de l’État Moderne*, Roma 1985, pp. 367-379; así como en los trabajos reunidos en G. CHOTTOLINI, A. MOLHO y P. SCHIERA (a cura di): *Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, Il Mulino, Bolonia 1994. Para el caso español, pueden consultarse las obras de conjunto: J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid 2000, 5 vols; J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II. La casa del rey*, Fundación Mapfre-Tàvera, Madrid 2005, 2 vols.; y M^a Antonietta VISCEGLIA y J. MARTÍNEZ MILLÁN (dirs.): *La Monarquía de Felipe III: la casa del rey*, Fundación Mapfre, Madrid 2007-2008, 4 vols.

palacio, confirma implícitamente la existencia de unos vectores de fuerza de nuevo cuño –subyacentes bajo la espléndida cobertura cultural con que el humanismo supo ensalzar la imagen de príncipes y cortesanos– que, con ligeras variaciones, se mantendrían inalterables durante un largo período de tiempo. A pesar de su relevancia, dicha configuración política, dicha estructura gravitatoria –para cuyo conocimiento, a su vez, resultan de máxima importancia los tratados de cortesanía– no ha sido suficientemente ponderada –al menos en el ámbito hispano– en el estudio de la obra de Castiglione, aun cuando sin la existencia de una corte tan compleja y evolucionada como la de Carlos V es imposible comprender primero el interés y, más adelante, el profundo impacto causado por la traducción de Juan Boscán (Barcelona, 1534) en el imaginario colectivo de una aristocracia puesta ya por entonces, mayoritariamente, al servicio de la Corona.

Es nuestra intención, en consecuencia, reconstruir –al menos en sus aspectos fundamentales– el proceso histórico que permitió el afianzamiento de la corte en España –así como describir los mecanismos principales que condicionaron su funcionamiento interno– con el fin de ofrecer, a la luz de tales factores, una nueva lectura de *El cortesano*, entendido no ya como mero recetario de preceptos más o menos útiles para la vida palaciega, sino como genuina expresión del arquetipo humano generado en el seno de la nueva tipología cultural dominante, el *clasicismo*, que, nacida al calor de las repúblicas y pequeñas cortes italianas⁸, se extendió por Occidente para adquirir plena vigencia una vez que el legado antiguo –en un doble proceso de expansión y disolución de su sentido primigenio– fue amoldado a las necesidades funcionales y simbólicas de las grandes monarquías europeas⁹. Sólo de esta manera es posible explicar la creación de una “cultura de corte”, de un “estilo cortesano”¹⁰, íntimamente

⁸ La literatura áulica italiana en torno a la que se forjó el ideal del cortesano a comienzos del siglo XVI ha sido estudiada por A. PROSPERI: “Libri sulla corte ed esperienze curiali nell primo ‘500 italiano”, en A. PROSPERI (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”...*, *op. cit.*, II, pp. 69-91.

⁹ Sobre el clasicismo y su preeminencia como tipología cultural dominante durante el Antiguo régimen, véase A. QUONDAM: “Classicismi e Rinascimento: forme e metamorfosi di una tipologia culturale”, en M. FANTONI (a cura di): *Il Rinascimento italiano e l'Europa*, I: *Storia e storiografia*, Fondazione Cassamarca-Angelo Colla Editore, Vicenza 2005, pp. 71-102.

¹⁰ El “estilo cortesano”, aplicable tanto a las artes plásticas como a la literatura y al “modo de vida” de moderno *gentiluomo* ha sido descrito por E. Battisti, “Lo stile cortigiano”, en A. PROSPERI (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”...*, *op. cit.*, II, pp. 255-271.

relacionados, por una parte, con el orden político y social surgido en torno a los nuevos centros de poder –las cortes principescas– y, por otra, con la recuperación de los modelos clásicos promovida desde aquellos mismos espacios privilegiados; un estilo que, en lo que respecta a los valores, habilidades y modo de vida propios del “hombre de la corte”, alcanzó en la obra de Castiglione su expresión más emblemática y representativa, tal y como demuestra su rápida penetración –como texto “modelizante”, creador de una forma de cortesanía “internacional”– y largo arraigo en las más diversas tradiciones europeas.

Al margen de las cuestiones lingüísticas y literarias que, en la que respecta a la versión castellana de *El cortesano*, han sido ya bien estudiadas por la crítica ¹¹, parece oportuno emprender una revisión de la obra que, como dijimos, ponga en relación su contenido con la realidad histórica de su tiempo o, más concretamente, con la corte de Carlos V, cuna del erasmismo español ¹², de la poesía garcilasista ¹³ y, naturalmente, de esta nueva ciencia de la cortesanía ¹⁴, que tuvo en la pluma de Antonio de Guevara, Erasmo de Róterdam o el mismo Castiglione a algunos de sus mayores exponentes. Aquella corte, sin embargo, no era sino el resultado de un largo proceso de configuración política –el de la Monarquía hispana– que no culminaría hasta el reinado de Felipe II, cuando la corte se asienta en Madrid y establezca definitivamente unas instituciones centralizadas y una

¹¹ Nos referimos al estudio clásico de M. MORREALE: *Castiglione y Boscán: el ideal cortesano en el Renacimiento español*, Fundación Conde de Cartagena-S. Aguirre Torre, Madrid 1959, 2 vols.

¹² Sobre el particular, resultan de obligada consulta los trabajos clásicos de M. BATAILLON: *Erasmus y España y Erasmus y el erasmismo*, Crítica, Barcelona 1978, los de E. ASENSIO: “El erasmismo y las corrientes espirituales afines”, *Revista de Filología Española* 36 (1952), pp. 31-99; J. L. ABELLÁN: *El erasmismo español*, Ediciones Espejo, Madrid 1976; y los diversos artículos contenidos en *El erasmismo en España*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander 1986.

¹³ La obra poética de Garcilaso puede ser conocida a través de M. ARCE: *Garcilaso de la Vega. Contribuciones al estudio de la lírica española del siglo XVI*, Centro de Estudios Históricos, Madrid 1930; y R. LAPESA: *La trayectoria poética de Garcilaso*, Revista de Occidente, Madrid 1948.

¹⁴ La génesis y evolución histórica del discurso cortesano en la tradición española fue analizada, de forma panorámica, por A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO: “Corte y cortesanos en la Monarquía de España”, en G. PATRIZI y A. QUONDAM (a cura di): *Educare il corpo, educare la parola nella trattatistica del Rinascimento*, Bulzoni, Roma 1998, pp. 297-365.

ideología bien definida –el confesionalismo católico¹⁵– capaces de articular y dotar de sentido a la compleja amalgama de territorio aglutinados bajo la corona del Rey Prudente¹⁶. Dicho proceso, al menos de manera directa, tuvo sus orígenes en la Baja Edad Media, cuando los diversos reyes de la dinastía Trastámara pusieron los cimientos del edificio político rematado en tiempos de los Austrias.

En ese camino hacia una nueva configuración política y social, tal y como han señalado los teóricos más acreditados¹⁷, el factor que resultó esencial para desencadenar el cambio de equilibrio en la relación entre nobleza y monarquía¹⁸ –aquél que propició a la larga el surgimiento del sistema de corte y la constitución de una sociedad cortesana– no fue sino la acumulación en manos de la Corona de los recursos económicos y militares del reino –hecho que se produjo de manera paulatina en Castilla al menos desde mediados del siglo XIV– y el consecuente surgimiento de una “nobleza de servicio” que, al margen de sus posesiones patrimoniales, obtenía una parte sustancial de sus recursos del servicio directo al rey¹⁹. Esta nueva posición en la que se situaba parte de la aristocracia castellana fiel a los intereses de la nueva dinastía Trastámara distaba notablemente de la adoptada tradicionalmente por los señores feudales –los *defensores*,

¹⁵ La maduración ideológica de la Monarquía hispana durante el siglo XVI ha sido estudiada por J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Del humanismo carolino al proceso de confesionalización filipino”, en J. L. GARCÍA HOURCADE y J. Manuel MORENO YUSTE (coords.): *Andrés Laguna: humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista. Actas del Congreso Internacional*, Junta de Castilla y León, Valladolid 2001, pp. 123-159.

¹⁶ La descripción de este proceso de consolidación institucional e ideológica constituye el tema central de J. MARTÍNEZ MILLÁN: *Felipe II (1527-1598). La configuración de la monarquía hispana*, Junta de Castilla y León, Salamanca 1998.

¹⁷ Nos referimos a los planteamientos expuestos en el clásico de N. ELÍAS: *La sociedad cortesana*, Fondo de Cultura Económica, México-Madrid 1993, cuyas teorías aplicamos al ámbito español en las páginas que siguen.

¹⁸ Aquel cambio de equilibrio quedó recogido en las obras de J. M. NIETO SORIA: *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XIII-XVI)*, Madrid 1988; y L. SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Nobleza y monarquía: el proceso de construcción de la Corona española*, La Esfera de los Libros, Madrid 2003.

¹⁹ Sobre la materia, véanse los trabajos de E. MITRE FERNÁNDEZ: *Evolución de la nobleza en Castilla bajo Enrique III, 1396-1406*, Universidad, Valladolid 1968; y S. DE MOXÓ: “De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media”, *Cuadernos de Historia III* (1969), pp. 1-210.

según la teoría de los tres órdenes ²⁰— quienes vivían mayoritariamente de sus latifundios y disfrutaban de una gran autonomía —tanto jurídica como militar y económica— con respecto a sus respectivos príncipes. La nobleza de servicio, en cambio, ingresaba por este camino en los incipientes canales de la *gracia*, que servirían desde este momento para distribuir, desde la cúspide del poder, las riquezas, mercedes y honores acumulados previamente por la Corona.

De esta manera, nobleza y monarquía quedaron estrechamente ligadas a través de una nueva relación de intercambio en la que la aristocracia ofrecía, básicamente, sus servicios personales y la lealtad de sus posesiones territoriales, a cambio de un cierto “pago” efectuado por el príncipe mediante la concesión de cargos, oficios y mercedes de naturaleza diversa que reportaban al beneficiario tanto honor como dinero ²¹. Ya en tiempos de Enrique II (1369-1379), una serie de nobles que habían apoyado su causa en la guerra fratricida contra Pedro I fueron agraciados con las llamadas “mercedes enriqueñas”, nuevos señoríos de villas y tierras que recibían como recompensa por su lealtad. Estos mecanismos de integración prosiguieron en los reinados siguientes: en tiempos de Enrique III, a finales del siglo XIV, un nuevo grupo de nobles que carecía de grandes títulos —como los de conde o marqués— logró ascender a la sombra del monarca —de cuyo favor, por tanto, dependía enteramente su suerte—, quien supo gratificar generosamente su fidelidad, especialmente en el conflicto mantenido contra los epígonos Trastámara. Por esta vía, Juan Hurtado de Mendoza accedió al cargo de Mayordomo; Diego López de Estúñiga, al de Justicia Mayor; y Ruy López Dávalos, al de Camarero. Otros, como Diego Hurtado de Mendoza, Almirante de Castilla, recibieron entonces importantes mercedes —en su caso, la villa de Tendilla— que, con el tiempo, serían parte esencial del patrimonio reunido por una de las más prominentes estirpes nobiliarias de la Monarquías hispana ²².

²⁰ Los fundamentos de aquella concepción política arraigada en el feudalismo medieval fueron expuestos en G. DUBY: *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, Taurus, Madrid 1992.

²¹ El honor y la utilidad estuvieron siempre estrechamente vinculados en el sistema de la gracia, toda vez que aquél resultaba imprescindible para alcanzar tanto el reconocimiento social como el favor real, tal y como explica C. MOZZARELLI: “Onore, utile, principe, stato”, en A. PROSPERI (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”*..., *op. cit.*, II, pp. 241-253.

²² Todas estas noticias se ofrecen en J. VALDEÓN BARUQUE: *Los Trastámaras: el triunfo de una dinastía bastarda*, Taurus, Madrid 2002.

Como se desprende de estos nombramientos, las esferas de lo “público” y de lo “privado” se hallaban absolutamente entrelazadas en la corte, de manera que no era posible separar aquello que se refería al servicio doméstico de la Casa de aquello que concernía propiamente a las labores de gobierno o administración. Unas y otras funciones eran desempeñadas por servidores que establecían con su príncipe una relación *personal*, al modo del vínculo vasallático, aspecto que no variaría hasta el final del Antiguo Régimen por complejas y especializadas que fuesen las tareas encomendadas a los oficiales reales una vez configurada, en toda su complejidad, la monarquía²³. Los primeros estadios de dicho proceso, pues, se cubrieron en época temprana, cuando el ascenso de nuevos linajes aristocráticos a la sombra del rey coincidió con el establecimiento o reforma de diversas instituciones que reforzarían, en adelante, el control ejercido por la Corona sobre el territorio.

En esa línea, es preciso recordar la labor emprendida por Enrique II, el primer Trastámara, quien reformó el Consejo Real, antiguo órgano representativo, hasta convertirlo –con la inclusión de letrados– en instrumento de gobierno al servicio de la Monarquía. Igualmente, reguló el funcionamiento de la Chancillería, mientras que favoreció el acceso de los especialistas en derecho a las Audiencias en detrimento de los hombres de armas. En materia económica, no dudó en recurrir a los judíos, que lograron –gracias a las actividades financieras y mercantiles que practicaban desde hacía siglos– integrarse en la corte a través de la Contaduría Mayor. Juan I, poco después, continuaría con la centralización institucional a través de la reforma del Consejo Real, que desde 1385 estuvo conformado por doce miembros: cuatro pertenecientes a la nobleza (caballeros), cuatro al clero (prelados) y cuatro al estado llano (ciudadanos). Su obligación no era otra que atender a todos los hechos del reino y asesorar al monarca, como órgano colegiado, en sus tareas de gobierno.

La nueva nobleza de servicio, los letrados e incluso los financieros judíos –tal y como se observa– iban poco a poco penetrando en las estructuras de la corte como consecuencia del incremento del poder real y del desarrollo del cuerpo institucional de la Monarquía. Éste es el motivo por el que el “sistema de la gracia”

²³ Estos aspectos fueron abordados en D. FRIGO: *Il padre de famiglia. Governo della casa e governo civil nella tradizione dell'economica tra Cinque e Seicento*, Bulzoni, Roma 1985; e I. ATIENZA HERNÁNDEZ: “Pater familias, señor y patrón: oeconómica, clientelismo y patronato en el Antiguo Régimen”, en R. PASTOR DE TOGNERY (coord.): *Relaciones de poder, de producción y de parentesco en la Edad Media y Moderna*, CSIC, Madrid 1990, pp. 411-458.

trastocó de manera tan acusada el viejo orden tradicional, aquél que se basaba en la inmovilidad estamental y la distribución “orgánica” de los individuos desde su nacimiento²⁴. A través del favor real, en consecuencia, un hombre no sólo podía obtener oficios y mercedes, sino que estaba capacitado para ascender en el rango social –e incluso alcanzar los títulos nobiliarios de mayor alcurnia– hasta llegar a codearse con los linajes más antiguos y poderosos, tal y como sucedió en el caso paradigmático de don Álvaro de Luna, quien cimentó su triunfante carrera política única y exclusivamente en la devoción que Juan II de Castilla le profesaba.

Inevitablemente, todos estos movimientos de fondo –a pesar del empuje de la Corona– propiciaron el surgimiento de innumerables conjuras aristocráticas destinadas a controlar –e incluso deponer– al legítimo príncipe. En efecto, hasta tiempos de Enrique IV se repitieron en Castilla cruentas guerras civiles auspiciadas por una parte sustancial de la nobleza –en connivencia las más veces con poderosos parientes del rey, como los infantes de Aragón– que trataba de imponer su ley tanto en períodos de debilidad, como las minorías, como en momentos de particular energía centralizadora, como fueron los del citado valimiento de don Álvaro de Luna. Estos hechos pusieron de manifiesto la inestabilidad de un sistema político aún inmaduro, donde la autoridad regia no se hallaba todavía plenamente consolidada. Sin embargo, aquellos sucesos jamás tuvieron la suficiente continuidad y penetrancia como para propiciar un cambio de sentido en la relación de fuerzas. Antes al contrario, la necesidad de una figura que controlase, desde la cima del poder político, instituciones y recursos para el adecuado funcionamiento del reino resultaba ya evidente a mediados del siglo XV, tal y como se desprende de la actitud adoptada por la nobleza levantisca incluso en los momentos de mayor efervescencia “revolucionaria”. En efecto, ni siquiera en la farsa de Ávila (1464), los grandes que destronaron en efígie a Enrique IV se plantearon la adopción de una forma de gobierno “aristocrática”, sino que buscaron inmediatamente al joven Alfonso para que ocupase el lugar de su hermano. En ningún caso y bajo ninguna circunstancia –ni aun para los magnates reunidos bajo las murallas de Ávila– el trono debía quedar vacante.

²⁴ Sobre las repercusiones sociales del “sistema de la gracia” ha trabajado A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Las esferas de la Corte: príncipe, nobleza y mudanza en la jerarquía”, en F. CHACÓN JIMÉNEZ y N. G. MONTEIRO (coords.): *Poder y movilidad social: cortesanos, religiosos y oligarquías en la Península Ibérica (siglos XV- XIX)*, CSIC-Universidad de Murcia, Madrid-Murcia 2006, pp. 129-180.

Fue en tiempos de los Reyes Católicos, sin embargo, cuando la monarquía logró estabilizar su preeminencia sobre la nobleza gracias a la combinación de factores diversos. Uno de los más relevantes fue la magnificación del espacio sometido al dominio de la Corona. En efecto, en apenas dos décadas, la unión de reinos –con la incorporación de los territorios italianos pertenecientes a la Corona de Aragón–, la conquista del reino de Granada y el descubrimiento de América ampliaron, en una expansión geográfica sin precedentes, los horizontes de una Monarquía que alcanzaba ya, a finales del siglo XV, una dimensión absolutamente desconocida en época feudal. La magna empresa de conquista, administración y gobierno de aquellos territorios superaba con creces los límites y capacidades de cualquier otra institución que no fuese la Corona. De ahí que el cambio de escenario acelerase la concentración en torno a la corte de una aristocracia dispuesta a participar –como leales súbditos– en el proyecto político encabezado por Isabel y Fernando. Al fin y al cabo, los altos cargos políticos, militares, judiciales, diplomáticos o administrativos ofrecían, sin lugar a dudas, mayores atractivos que la vida en el campo, una vez que la corte se había convertido en un cruce de caminos, en un punto central por el que pasaban y desde el que partían los principales flujos políticos, económicos y culturales del reino. Se consumó, por tanto, en esta etapa una decisiva reestructuración de los espacios de poder: si, por una parte, el territorio global sometido al influjo de la Monarquía se amplió enormemente, por otra, dicho territorio se organizó conforme a un modelo fuertemente jerarquizado –frente a la dispersión y falta de integración propia del feudalismo– que tenía en la corte su cúspide y núcleo rector ²⁵.

La explotación de un imperio como el descrito reportó a las arcas de la Monarquía cantidades ingentes de dinero que incrementaron decisivamente su capacidad de influencia, pues el aumento de la riqueza permitió extender, engrosar y ramificar los canales de distribución de la gracia a todos los rincones del reino. De este modo se logró la plena integración del territorio, pues no sólo la nobleza terrateniente, sino también el clero y las oligarquías urbanas entraron a formar parte de la sociedad política desempeñando oficios de la Corona que les reportaban pingües beneficios. A cambio, garantizaban la lealtad y sometimiento a la

²⁵ Las consecuencias que, para el establecimiento del “sistema de corte”, tuvo la expansión geográfica de los reinos ibéricos durante el siglo XV, fueron expuestas, para el caso portugués, por G. PAPAGNO: “Corte e cortigiani”, en A. PROSPERI (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”*..., *op. cit.*, II, pp. 195-240.

voluntad regia de los espacios que, a nivel local, dominaban, fuesen éstos ciudades –a través de los Regimientos–, señoríos u obispados ²⁶. Manejando con habilidad los conflictos que, en un entorno de competencia, enfrentaban a estos grupos entre sí y, a nivel interno, a los propios individuos que los conformaban, los Reyes Católicos lograron situarse en una posición privilegiada, como árbitros del tablero político, que se manifestó en su indiscutible hegemonía. El desarrollo y consolidación institucional de este período –la Casa Real, los Consejos, las Chancillerías, la Santa Hermandad o los corregidores– no representa sino la prueba más evidente de su creciente capacidad de influencia sobre personas y territorios.

El asentamiento y expansión del cuerpo de la Monarquía tuvo como consecuencia la formación de tupidas redes clientelares –basadas, como se dijo, en relaciones *personales*– a través de las cuales se distribuía la *gracia* real. Oficios como los de consejero, secretario, contador, mayordomo, embajador, capitán, oidor, escribano, alguacil, predicador, confesor o pregonero sólo podían obtenerse –como merced de la Corona– por mediación de algún poderoso patrón dispuesto a colocar a sus leales en los diversos cargos situados bajo su órbita de influencia ²⁷. Todos aquellos oficiales, por tanto, aunque viviesen alejados de la persona del príncipe –incluso en otros reinos– eran parte integrante de la corte, pues de ella recibían sus cargos y sus pagas, y conforme a sus leyes tenían que regirse si deseaban conservar su buena fortuna. Formaban parte, en consecuencia, de la sociedad cortesana, que gravitaba en torno al poder real y reproducía, a escala más reducida, unas determinadas pautas de conducta –basadas en la lógica del servicio–merced, esto es, en un vínculo de origen vasallático adaptado a los tiempos– que afectaba de lleno tanto a su ética como a su estética, esto es, a su “forma de vida” ²⁸.

Los salones, las cámaras o los jardines de palacio se convirtieron en el nuevo campo de batalla donde las distintas facciones cortesanas libraban un soterrado

²⁶ La integración del reino a través de la corte fue explicada, por primera vez, en R. G. ASCH y A. M. BIRKE (eds.): *Princes, Patronage and the Nobility. The Court at the beginning of the modern age*, University Press, Oxford 1991. Para el caso español, véanse J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *La Corte de Carlos V...*, *op. cit.*; y J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II. La casa del rey...*, *op. cit.*

²⁷ Esta novedosa concepción de la corte tuvo su origen en la obra de D. STARKEY (ed.): *The English court: From the Wars of the Roses to the Civil War*, Longman, Londres 1987.

²⁸ Véase A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO: “Corte y cortesanos...”, *op. cit.*, pp. 302-304.

enfrentamiento —verdaderamente decisivo— por hacerse con el control de la voluntad real y, con ella, de los canales de distribución de la *gracia*. Atrás quedaban las ligas nobiliarias, las rebeliones armadas que sacudieran de parte a parte la meseta castellana. La época de los caballeros había pasado. En la corte los conflictos se resolvían de un modo más sutil, utilizando unas armas de nuevo cuño, tales como la prudencia o la discreción —una suerte de inteligencia práctica, en definitiva—, que permitían obtener, a través de la conversación, la observación o la simulación mayores triunfos que mediante la espada. Esta profunda modificación en el modo de resolver los conflictos formó parte de ese amplio “proceso de civilización” que, basado en el control de los afectos, modificó profundamente los modelos de comportamiento humano, que tendieron hacia formas más refinadas y, al menos explícitamente, menos violentas²⁹.

Este hecho no evitó, naturalmente, que las guerras siguiesen proliferando e, incluso, que lo hiciesen a mayor escala, de manera análoga al crecimiento de las entidades políticas que entraban en litigio. Este hecho, unido al desarrollo de la pólvora y de la artillería, perjudicó —tanto como el reforzamiento de la corte— a la vieja caballería feudal, pues su funcionalidad era escasa en conflictos de grandes proporciones —como el librado en el reino de Nápoles por el Gran Capitán— que requerían la organización de poderosos ejércitos —basados en cuerpos de infantería conformados por mercenarios— cuyo mantenimiento sólo podía ser soportado por la Hacienda Real dada su envergadura.

Un panorama tan convulso como el descrito causó, como era de esperar, un profundo impacto entre la aristocracia, que se vio abocada a redefinir tanto su ideario como su imaginario colectivo con el fin de adaptarse a los nuevos tiempos³⁰. Uno de los más conocidos debates surgidos en torno a aquella encrucijada histórica fue el de las armas y las letras³¹, bajo cuya cobertura erudita

²⁹ Estas ideas fueron expresadas en la obra clásica de N. ELÍAS: *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 1987.

³⁰ Estos aspectos fueron abordados, de manera general, en A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVAREÑO: “Del caballero al cortesano: la nobleza en la monarquía de los Austria”, en *El mundo de Carlos V: de la España medieval al Siglo de Oro*, Antiguo Colegio de San Ildefonso, México 2000, pp. 135-155.

³¹ Sobre el debate de las armas y las letras, véase el trabajo clásico de J. A. MARAVALL: “Los hombres del saber o letrados y la formación de la conciencia estamental”, en *Estudios de Historia del Pensamiento Español. Edad Media*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid 1983, pp. 333-362.

subyacía, de manera latente, la necesidad de adquirir una adecuada formación intelectual –que parte de la nobleza consideraba ya imprescindible– para acceder a ciertos puestos de la corte que, progresivamente, iban siendo ocupados por individuos procedentes de otros grupos sociales –como los letrados, los clérigos o los financieros judíos– que hacían gala de una cualificación muy superior a la de los *defensores*. Ejemplos como los del Canciller Ayala, el Marqués de Santillana, Juan de Mena o el mismo Jorge Manrique revelan la creación de una nueva figura, la del caballero letrado, quien desarrollaba la mayor parte de su vida en la corte y sumaba a las habilidades militares un amplio conocimiento de las artes liberales. Esta nueva figura –síntoma de los nuevos tiempos– constituye un eslabón intermedio entre el *bellator* medieval y el moderno *gentiluomo*, pues anticipa muchos de los rasgos que, posteriormente, la obra de Castiglione asentaría de manera arquetípica ³².

Estrechamente vinculado a este asunto se presenta la diatriba acerca de la nobleza de cuna y la nobleza de mérito –opuesta a los determinismos sociales– que abría las altas esferas del honor y el medro a todos aquellos que, con su virtud y esfuerzo, se hicieran merecedores de recibir el reconocimiento general y una justa compensación por sus servicios ³³. No fue ajena tampoco a esta conflictiva situación la cuestión de los judíos y conversos, quienes representaban una incómoda competencia para muchos aristócratas celosos de su buena fortuna cortesana. Aquellos hombres, al fin y al cabo, pertenecían a una casta maldita, no habían combatido en la Reconquista y no compartían, en consecuencia, el espíritu de cruzada predominante entre la nobleza guerrera ³⁴. En cambio, habían aprovechado las riquezas obtenidas a través de sus “indignos” oficios

³² Las contradicciones surgidas en el seno de la nobleza castellana durante el siglo XV pueden ser conocidas a través de dos estudios fundamentales: J. D. RODRÍGUEZ VELASCO: *El debate sobre la caballería en el siglo XV: la tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Junta de Castilla y León, Valladolid 1996; y F. GÓMEZ REDONDO: *Historia de la prosa medieval castellana*, Cátedra, Madrid 1998-2002, 4 vols.

³³ Las distintas concepciones de nobleza enfrentadas ideológicamente a comienzos de la Edad Moderna fueron estudiadas en A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, “El arte de medrar en la corte: rey, nobleza y el código del honor”, en *Familias, poderosos y oligarquías*, Universidad, Murcia 2001, pp. 39-60.

³⁴ Sobre los orígenes, actividad profesional, ideología y sensibilidad religiosa de los judeoconversos españoles puede consultarse la obra clásica de J. CARO BAROJA: *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Ediciones Arión, Madrid 1961, 3 vols.

para medrar al abrigo del poder real. No es extraño, por tanto, que, poco después de concluir la guerra de Sucesión, se estableciese la Inquisición española (1480), destinada, en los primeros tiempos, a bloquear la carrera política de numerosos conversos a través de un tribunal religioso puesto en manos de los sectores más intransigentes³⁵.

Por esta vía, el conflicto político y social creado en torno a la configuración del sistema de corte afectó de lleno a la espiritualidad española, donde se manifestó con especial crudeza la pugna mantenida entre los defensores de un catolicismo formalista e intransigente –forjado, como seña de identidad, entre los cristianos viejos en armas contra el Islam– y un cristianismo intimista y vivencial –siempre en los límites de la heterodoxia– muy extendido entre los judeoconversos sinceramente bautizados³⁶, quienes participaron asiduamente, a pesar del acoso del Santo Oficio, en los movimietos de devoción afectiva, como el recogimiento, que, andado el tiempo, conducirían a las altas moradas de la mística³⁷. Fue precisamente en aquel período –ya mediado el siglo XVI– cuando muchos de estos conversos que habían logrado integrarse en la corte adoptando un modo de vida semejante al de la vieja aristocracia³⁸ –con la que compartían, si no los orígenes, sí los privilegios legales y el reconocimiento público del *honor*– se vieron sorprendidos por un nuevo movimiento de defensa que propició el establecimiento de los estatutos de limpieza de sangre, destinados a desplazar de la sociedad política a quienes –al menos en apariencia– no pudiesen acreditar la claridad de su linaje, lo que en la práctica se reducía a compartir –más que la sangre– los vínculos personales y el ideario de la facción

³⁵ Este proceso de exclusión social puede seguirse a través de B. NETANYAHU: *Los orígenes de la la Inquisición en la España del siglo XV*, Crítica, Barcelona 1999.

³⁶ El surgimiento de una espiritualidad de “cruzada” –cristianovieja, intransigente y formalista– opuesta a la sensibilidad predominante entre los judeoconversos españoles, fue explicado por J. MARTÍNEZ MILLÁN: *La Inquisición española*, Alianza, Madrid 2007, pp. 50 y ss.

³⁷ Muchos de estos ejemplos quedan recogidos en M. ANDRÉS MARTÍN: *Los recogidos: nueva visión de la mística española: 1500-1700*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1975.

³⁸ La relación entre el rango social, el modo de vida y la apariencia “pública” (escénica, teatral) de los distintos estamentos durante el Antiguo régimen fue estudiada por A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO: “Rango y apariencia: el decoro y la quiebra de la distinción en Castilla (siglos XVI-XVIII)”, *Revista de Historia Moderna: Anales de la Universidad de Alicante* XVII (1998/1999), pp. 263-278.

cortesana que, paulatinamente, iba cincelando el pensamiento “oficial” de la Monarquía hispana gracias a su preeminencia política ³⁹.

Varias décadas antes de que todo esto sucediese, parte de la nobleza española había comenzado ya –como señalamos– una lenta pero inexorable evolución –cuyo máximo exponente fueron los caballeros letrados– que la llevó del universo caballeresco al modelo antropológico propuesto por la ciencia de la corte-sanía. En efecto, si durante siglos la aristocracia había conformado su imaginario y modo de vida en torno al arte de la guerra –definido por el espíritu de cruzada, los torneos y justas, los pasos honrosos o el simbolismo del caballo y de la espada– y exaltado, en consecuencia, las virtudes aparejadas al ejercicio de las armas –tales como la fortaleza, el valor o la lealtad–, en el ocaso de la Edad Media hubo de modificar sus rasgos constitutivos –atenuando los de carácter militar y refinando los de naturaleza “civil”– con el fin de amoldarlos a la nueva realidad cortesana. Algunos de ellos, en cualquier caso, pervivieron como punto de conexión entre el caballero y el cortesano. Así, la exigencia de una alta cuna, la defensa del honor, la práctica de la liberalidad, la adquisición de buenos hábitos, la cortesía en el trato, el servicio a la dama o la cordura en las acciones personales –propias del ideal caballeresco– mantuvieron su vigencia en tiempos del cortesano y, con leves modificaciones, pasaron a formar parte del arquetipo del moderno *gentiluomo* dibujado por Castiglione ⁴⁰.

En conjunto, aquel sustrato común no era sino el fruto de una buena crianza –en lo ético y en lo estético– que, en ambos períodos, adquirió relevancia social como elemento distintivo de las clases privilegiadas frente al “inculto” pueblo. Mas si dicha educación era importante para el caballero, resultaba absolutamente decisiva para el cortesano, quien necesitaba de la razón, la filosofía moral y las buenas maneras no sólo para mostrar su pertenencia a las altas esferas del honor, sino para moverse con decoro y garantías de éxito en el intrincado laberinto de palacio ⁴¹.

³⁹ Sobre éstas y otras cuestiones han trabajado A. CARRASCO MARTÍNEZ: *Sangre, honor y privilegio: la nobleza española bajo los Austrias*, Ariel, Barcelona 2000; y J. A. GUILLÉN BARRENDERO: *La idea de nobleza en Castilla durante el reinado de Felipe II*, Universidad, Valladolid 2007.

⁴⁰ Sigo las explicaciones de A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Corte y cortesanos...”, *op. cit.*, pp. 309 y ss.

⁴¹ Estos planteamientos generales fueron expuestos por A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “La Corte: un espacio abierto para la historia social”, en S. CASTILLO (coord.): *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid 1991, pp. 247-260.

Este es el origen histórico de numerosas obras pedagógicas –la *institutio* renacentista– destinadas a “formar con palabras” un nuevo hombre –más virtuoso, más bello, más elegante– cuya realización mejor terminada fueron aquellas figuras quintaesenciadas del perfecto cortesano o del perfecto príncipe cristiano dibujadas –como modelo práctico de vida– por los más insignes humanistas ⁴². No es extraño, por tanto, que aquellos intelectuales encontrasen acomodo en la corte o en las casas de las grandes familias nobiliarias ⁴³, donde ejercieron como ayos y preceptores de sus miembros más jóvenes ⁴⁴. Ésta fue, precisamente, la estratégica posición que les permitió influir de un modo tan decisivo, desde la educación, en la conformación del moderno *gentiluomo* ⁴⁵, entendido como el arquetipo humano propio de una “cultura de corte” que, mediante la adaptación de los modelos greco-romanos a las nuevas necesidades y funciones, se convirtió –desde el Renacimiento y hasta el final del Antiguo régimen, por obra y gracia del humanismo– en “clasicista”.

En el caso español, el período de florecimiento de esta nueva tipología cultural no llegó hasta el reinado de Carlos V –con varias décadas de retraso con respecto a Italia–, momento en que la corte del Emperador se hace verdaderamente “internacional” con la integración en el cuerpo de la Monarquía de nuevas instituciones y servidores procedentes tanto de Flandes –la casa de Borgoña, la oligarquía flamenca– como de Portugal –el séquito de la emperatriz Isabel– y los distintos territorios italianos –los Colonna, los Sforza, los Gonzaga–, que quedaron aglutinados bajo el mismo cetro. Esta dimensión “europea” del Imperio Habsburgo, lógicamente, propició un sustancial crecimiento de la corte, que se manifestó tanto en la multiplicación de las casas reales y Consejos como en el incremento y diversificación del personal dependiente de la Corona. En el plano cultural, este hecho favoreció el intercambio de ideas entre las diferentes tradiciones que hasta ese momento se habían desarrollado con relativa

⁴² Estas cuestiones fueron abordadas en A. QUONDAM: “«Formare con parole». L’*institutio* del moderno *gentiluomo*”, *History of Education and Children’s Literature* I (2006), pp. 23–54.

⁴³ Véase el trabajo de C. VASOLI: “Il cortigiano, il diplomatico, il principe. Intellettuali e potere nell’Italia del Cinquecento”, en A. PROSPERI (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”*..., *op. cit.*, II, pp. 173–193.

⁴⁴ La función ejercida por los humanistas en la sociedad de su tiempo fue estudiada, en el ámbito español, por L. GIL: *Panorama social del humanismo español*, Tecnos, Madrid 1997.

⁴⁵ Véase al respecto la obra de F. RICO: *El sueño del humanismo*, Destino, Barcelona 2002.

independencia en los distintos reinos occidentales. Así, el arraigo de las ideas erasmistas en España está íntimamente vinculado a los servidores flamencos que, en 1517, acompañaron al joven Carlos I en su viaje a la Península; mientras que la introducción del verso endecasílabo en la literatura española –por señalar dos hechos de crucial importancia– no se produjo hasta la conversación mantenida en los jardines de la Alhambra por Juan Boscán –traductor de *El cortesano*– y Andrea Navagiero, embajador de Venecia, quien instó al catalán, entrado el año 1526, a que ensayase en lengua castellana con la nueva medida, ya clásica entre los petrarquistas italianos. De la corte –entendida como cruce de caminos de un espacio de influencia cada vez más amplio– surgieron, por lo tanto, los movimientos culturales de “vanguardia” que, más adelante, se transmitieron desde el centro a la periferia a través de redes de relaciones personales –esta vez tejidas entre intelectuales– muy semejantes a las que cohesionaban el resto del sistema.

Bajo esta perspectiva, puede comprenderse sin dificultad el hecho de que el discurso cortesano adquiriese, desde esta época, una dimensión europea, tal y como acreditan las innumerables ediciones y traducciones que difundieron las obras de Castiglione, Erasmo o Guevara y, más adelante, las de Della Casa ⁴⁶, Guazzo ⁴⁷ o Gracián ⁴⁸, por todo el Continente. Todas ellas abordaban distintas particularidades del “fenómeno corte” una vez que su triunfo como sistema político fue incuestionable en el Occidente cristiano. Como punto de partida, todos aquellos textos compartieron, en su diversidad, un mismo movimiento: la proyección de principios racionales –extraídos fundamentalmente del pensamiento clásico– sobre el contexto vital del cortesano; un contexto dominado por los vaivenes de la Fortuna donde era preciso dominar las pasiones y ejercer un

⁴⁶ El *Galateo* de Giovanni Della Casa ha sido revisado recientemente por los especialistas del Centro Studi Europa delle Corti en los trabajos reunidos en A. QUONDAM (a cura di): *Giovanni Della Casa. Un seminario per il centenario*, Bulzoni, Roma 2006.

⁴⁷ La obra de Stefano Guazzo mereció la atención de los especialistas en literatura cortesana italiana que colaboraron en G. PATRIZI (a cura di): *Stefano Guazzo e la Civil conversazione*, Bulzoni, Roma 1990; y D. FERRARI (a cura di): *Stefano Guazzo e Casale tra Cinque e Seicento*, Bulzoni, Roma 1997. Es también fundamental la introducción de A. Quondam a Stefano GUAZZO: *La civil conversazione*, Panini, Modena 1993.

⁴⁸ El sentido del discurso cortesano de Baltasar Gracián puede ser conocido a través de A. EGIDO: *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, Castalia, Madrid 2000, quien preparó también la edición de sus *Obras completas*, Espasa-Calpe, Madrid 2001.

férreo autocontrol sobre la mente y el cuerpo para llegar a puerto. De ahí que determinados conceptos —como razón, prudencia, discreción, medida, moderación, decoro, soltura o gracia— se hiciesen recurrentes en una tradición literaria de largo alcance y carácter interdisciplinar —siempre entre ética, política y economía— en la que convivieron textos de naturaleza diversa —de inclinación idealista y realista, de intención moral o pragmática, de temática universal o particular, en forma de diálogo, tratado o elenco de aforismos— hasta configurar tres tipologías fundamentales: las citadas obras de *institutio* —de carácter ejemplar y vocación pedagógica, donde se dibujaba un modelo de perfección al que debía tenderse por aproximación—; la literatura anticortesana —de carácter moral y crudo realismo, donde se denunciaban los vicios y defectos propios de la vida cortesana—; y, finalmente, los libros de avisos, colecciones de apotegmas y aforismos ofrecidos al cortesano como píldoras de sabiduría útiles para su vida en palacio ⁴⁹.

En tiempos de Carlos V, pues, el discurso europeo de la cortesanía vivió un momento de plenitud con la aparición de varias figuras del máximo nivel con cuya obra quedó establecido un primer *corpus* fundamental sobre la materia. Nos referimos a Erasmo de Róterdam, quien abordó, desde el humanismo cristiano, la educación del príncipe y el caballero en dos de sus textos más celebrados, la *Institutio principis christiani* ⁵⁰ (1509) y el *Enquiridion o Manual del caballero cristiano*, traducido en 1526 al castellano por el Arcediano del Alcor ⁵¹; a fray Antonio de Guevara ⁵², quien supo reflejar con realismo y agudeza los entresijos de

⁴⁹ Una ilustrativa clasificación de la literatura cortesana fue ofrecida por A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO: “Corte y cortesanos...”, *op. cit.*, pp. 325 y ss.

⁵⁰ Sobre el sentido de la pedagogía erasmiana, manifestada en la *Institutio principis christiani* ha escrito A. QUONDAM: “Il principe cristiano: l’institutio secondo Erasmo”, en D. BOCCASSINI (a cura di): *Studi filologici e letterari in memoria di Danilo Aguzzi-Barbagli*, «Forum Italicum Supplement», 1997, pp. 72-99.

⁵¹ La traducción española de la obra fue editada por D. Alonso y prologada por M. Bataillon en ERASMO DE RÓTTERDAM: *El Enquiridion o Manual del caballero cristiano*, Instituto “Miguel de Cervantes”, CSIC, Madrid 1971.

⁵² Para el conocimiento de la literatura áulica escrita por fray Antonio de Guevara, pueden consultarse los trabajos de A. REDONDO: *Antonio de Guevara (1480-1545) et l’Espagne de son temps: de la carrière officielle aux oeuvres politico-morales*, Lib. Droz, Genève 1976; A. RALLO: *Antonio de Guevara en su contexto renacentista*, Cupsa, Madrid 1979; y A. QUONDAM: “Addio alla Corte: il Menosprecio di Antonio de Guevara”, en N. LONGO (a cura di): *Studi sul Manierismo letterario, per Riccardo Scrivano*, Bulzoni, Roma 2000, pp. 21-67.

la corte española en títulos como *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* o *Aviso de privados y doctrina de cortesanos*; y, evidentemente, a Baltasar de Castiglione, cuyo *Libro del cortesano*, vertido a lengua española por Boscán en 1534⁵³, trasladó al ámbito hispano el sustrato clasicista y la experiencia curial desarrollada en las pequeñas cortes italianas hasta comienzos del siglo XVI. Junto a ellos, otros autores españoles de menor calado, como Cristóbal de Castillejo⁵⁴ o Damasio de Frías⁵⁵, se ocuparon también de la cortesanía, hasta configurar un rico panorama de voces e influencias donde la descripción minuciosa, la exposición modélica o la acerva crítica pusieron de manifiesto el interés despertado en la cultura renacentista por una corte que, en el caso de la Monarquía hispana, se hallaba todavía –tanto ideológica como institucionalmente– “en construcción”, tal y como demuestra su confusa articulación territorial, su cambiante política religiosa o el carácter itinerante del séquito imperial.

A pesar de todo, diversos síntomas revelaban ya el predominio de una forma de vida netamente cortesana –en tanto que “urbana” y “civilizada”– entre las clases privilegiadas. Así lo indica, por ejemplo, el surgimiento –desde la propia corte– de manifestaciones culturales, como los libros de caballerías⁵⁶ o la literatura pastoril⁵⁷, donde se ponderaban unos valores “puros” y unos ideales “nobles” –asociados, en ambos casos, a una pretérita y dorada edad y a un espacio silvestre y “natural”– manifestamente opuestos, por contraste, al peligroso laberinto cortesano en que habitaban –sometidos a las rígidas leyes de un universo codificado y “artificial”– los mismos creadores de aquellas ficciones

⁵³ La traducción de Juan Boscán ha sido editada por R. Reyes Cano, en B. de CASTIGLIONE: *El cortesano*, Cátedra, Madrid 1994.

⁵⁴ La producción literaria de Castillejo, entre la que se halla el *Aula de cortesanos*, puede conocerse a través de los trabajos reunidos en R. REYES CANO: *Estudios sobre Cristóbal de Castillejo: tradición y modernidad en la encrucijada poética del siglo XVI*, Universidad, Salamanca 2000.

⁵⁵ Véase el trabajo de J. GÓMEZ: “La *Conversación discreta* de Dámaso de Frías y los estudios sobre el arte de conversar”, *Hispanic Review* 75 (2007), pp. 95-112.

⁵⁶ Los rasgos esenciales de la literatura caballeresca española en relación con su contexto de escritura fueron resumidos por J. M. LUCÍA MEGÍAS: “Libros de caballerías castellanos: textos y contextos”, *Edad de Oro* 21 (2002), pp. 9-60.

⁵⁷ La literatura pastoril española puede ser conocida mediante las obras clásicas de F. LÓPEZ ESTRADA: *Los libros de pastores en la literatura española*, Gredos, Madrid 1974; y J. B. de AVALLE-ARCE: *La novela pastoril española*, Istmo, Madrid 1975.

“liberadoras”, contrarias al “proceso de civilización” encarnado por el “fenómeno corte”. La pervivencia del espíritu caballeresco o la evocación de un amor pastoril entre la aristocracia cortesana –como añoranza de un pasado perdido (o imaginado)– ponen en evidencia, por consiguiente, la compleja situación vivida por la nobleza española en tiempos de Carlos V, no sólo en lo tocante a su papel dentro de la sociedad política, sino también en lo referente a sus señas de identidad, imaginario y modo de vida. El *Libro del cortesano*, en ese sentido –gracias al prestigio intelectual de su creador y a la sugerente figura conformada en los diálogos de Urbino– vino a ofrecer una salida decorosa a tal encrucijada, presentando a la nobleza los rasgos esenciales de un nuevo arquetipo humano, el del moderno *gentiluomo*, capaz de reemplazar con dignidad al caballero una vez que la Monarquía hispana estableciera un “sistema de corte” donde la aristocracia, tras siglos de conjuras y revueltas, había pasado –en su mayoría– al servicio de la Corona con la esperanza de alcanzar honores y fortuna a través de la *gracia*.

La trayectoria vital de Castiglione ⁵⁸, evidentemente, no fue ajena a este complejo entramado de fuerzas establecido en las monarquías occidentales a comienzos del siglo XVI. Antes al contrario, desde su juventud frecuentó las más importantes curias europeas, desde la de Ludovico el Moro, en Milán, a la española de Carlos V, pasando por la refinada corte de Urbino (1504-1513) o las pontificias de León X (1513-1516) y Clemente VII (1523-1524), donde adquirió una rica experiencia cortesana –ejerció como militar, humanista y diplomático– y conoció a algunos de los artistas más señalados del Renacimiento, como Rafael Sanzio. Fue precisamente Julio de Médicis quien, elevado al solio pontificio, lo nombró, a la altura de 1524, nuncio de la Santa Sede en España, a cuya corte llegó a comienzos de 1525. En pleno proceso de “hispanización” del Imperio Habsburgo tras la revuelta de las Comunidades –Carlos V no se movería de suelo peninsular hasta 1529– Castiglione recibió la ingrata tarea de garantizar, por medio de la diplomacia, las buenas relaciones entre el Emperador y un Papa profrancés que no cesaba de intrigar contra los intereses imperiales en Italia. A pesar de sus desvelos, no pudo evitar el terrible *sacco di Roma* (1527), hecho que conmocionó a la Cristiandad y puso al nuncio apostólico en una difícil situación frente a Clemente VII, quien le achacó falta de previsión en este asunto. Un año más tarde, en 1528, sería el propio Castiglione el encargado de

⁵⁸ La biografía de Castiglione ha sido reconstruida, de manera sintética, por R. Reyes Cano, en su introducción a B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*

empuñar la pluma en defensa de su señor a través de una *Risposta* que trataba de echar por tierra el argumentario exculpatorio esgrimida por Alfonso de Valdés en su *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*. Estas polémicas intelectuales, en cualquier caso, no le impidieron abogar siempre por una política de colaboración entre los Habsburgo y el Papado, línea que culminó con la coronación imperial en Bolonia (1529). El viejo Castiglione, sin embargo, no llegaría a presenciar aquellos hechos, pues murió en Toledo en febrero de 1529 a causa de su quebrantada salud. El propio Carlos V –y con él la corte española– lo reconoció como uno de los mejores caballeros del mundo. Pocos años más tarde, la traducción de Juan Boscán correría de mano en mano entre quienes habían contemplado en vida su magisterio en el excelso arte de la cortesanía.

Pocos meses antes de la desaparición del nuncio, en 1528, *Il cortegiano* había pasado a letras de molde en las prensas venecianas de Aldo Manuzio tras un largo proceso de reescritura⁵⁹ iniciado en Roma –poco tiempo después de abandonar Urbino– con la preparación, entre 1513 y 1518, de la primera redacción de la obra. En su versión definitiva, terminada con premura a causa de la indiscreción de Vitoria Colonna, la conoció ya, sin embargo, durante una de sus estancias en Italia, Garcilaso de la Vega, quien envió a Juan Boscán un ejemplar de la misma. El poeta catalán, a pesar de su opinión sobre los “romancistas”, no tardó en acometer la empresa de su traducción –por encargo de doña Jerónima Palova de Almogávar– al parecerle la materia de que trataba “no solamente provechosa y de mucho gusto, pero necesaria por ser de cosa que traemos siempre entre las manos”. Fruto de su labor vería la luz, en la primavera de 1534, la primera edición española del *Libro del cortesano*, impresa en Barcelona, en casa de Pedro de Monpezat. El texto de Castiglione, por consiguiente, pasaba a circular en lengua castellana sólo seis años después de hacerlo en su original toscano. Al lector español se ofrecía, pues, una temprana y cuidada traducción de la obra –aspecto esencial para comprender su impacto– elaborada por un humanista más preocupado, según palabras de Garcilaso, en trasladar la verdad de las sentencias que en atenerse al rigor de la letra –síntoma inequívoco de modernidad intelectual– puesto que deseaba, por encima de cualquier otra pretensión, que los de su nación “no dejasen de entendelle por falta de entender la lengua”⁶⁰.

⁵⁹ El fatigoso proceso de reescritura llevado a cabo por Castiglione hasta la consecución de la versión definitiva de *Il cortegiano* ha sido reconstruido minuciosamente por A. QUONDAM: “*Questo povero cortegiano*”. Castiglione, *il Libro, la Storia*, Bulzoni, Roma 2000,

⁶⁰ En lo referente al estilo de la traducción de Boscán, remito al estudio de M. Morreale.

Inspirado en este principio, el traductor fue, paso a paso, siguiendo el curso de Castiglione –de cuya senda se desvía sólo en contadas ocasiones– adaptando con maestría todo aquello que dificultaba la recepción de los diálogos en el ámbito hispano. Actuaba, en consecuencia, conforme a los ideales lingüísticos del primer Renacimiento español –encarnados también por Garcilaso o Juan de Valdés– en la defensa de la naturalidad estilística y del criterio de uso –se debía escribir como se hablaba, evitando la afectación, sin extranjerismos ni arcaísmos– en la selección léxica. De ahí que sistemáticamente traduzca los latinismos del original y busque entre el acervo del español vulgar los términos que eviten la introducción de nuevos italianismos. Otros rasgos ya señalados por la crítica –como la concreción de lo abstracto, la dinamización de lo estático o la cristianización e hispanización de conceptos pertenecientes al legado clásico– no hacen sino confirmar el sentido de la traducción y revelan, evidentemente, su afinidad y dependencia con respecto a los preceptos expresados por el mismo Castiglione.

Entre la dedicatoria y el comienzo del libro primero –tras los preliminares introducidos en la versión española– quedan acotados los fundamentos de una obra que nació, inserta plenamente en la lógica del “sistema de corte”, como verdadero acto de “servicio” ofrecido por el autor a Alfonso Ariosto, primo de quien compusiera el *Orlando furioso*:

Así que, señor, vos me mandáis que yo escriba cuál sea (a mi parecer) la forma de cortesanía más conveniente a un gentil cortesano que ande en una corte para que pueda y sepa perfectamente servir a un príncipe en toda cosa puesta en razón, de tal manera que sea dél favorecido y de los otros loado, y que, en fin, merezca ser llamado perfeto cortesano, así que cosa ninguna no le falte ⁶¹.

En breves palabras, como se observa, Castiglione define –da por hechos, como marco de referencia de la obra– los principios fundamentales de la sociedad cortesana, que subyacen bajo el variado argumentario de los diálogos. En efecto, ha sido su intención describir cuál es la “forma de la cortesanía” más “conveniente” (tanto por honor como por utilidad) a un “gentil cortesano” –ya no el *bellator* medieval– que “ande en una corte” (el espacio “civilizado” y “codificado” que rodea la figura del monarca, siempre lejos de la “naturaleza”) para que “pueda y sepa perfectamente servir a un príncipe” –perdida ya por siempre la

⁶¹ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro I, p. 101.

antigua “libertad” de la aristocracia guerrera— a quien ofrece su oficio y diligencia “en toda cosa puesta en razón” con el fin de ser por él “favorecido” —pagado conforme a la lógica del servicio—merced— y “de los otros loado” —alabado, ensalzado en su *honor* por sus iguales— hasta “ser llamado perfecto cortesano”, es decir, tenido como modelo entre “los otros”, entre quienes compiten, junto a él, por los beneficios de la *gracia* real.

No es su propósito, por tanto, ni explicar ni debatir sobre el “sistema de corte” —en cuanto organización política, económica y social— sino, ya en su interior, dibujar con palabras la excelsa “forma de la cortesanía”, procediendo intelectualmente de manera empírica: de lo particular —su rica experiencia curial atesorada en Mantua, Urbino, Roma, Londres o Madrid— a lo general, esto es, a la forma “modelizante” —internacional, estandarizada— del moderno *gentiluomo*:

[...] sin duda yo me escusara de esta fatiga, temiendo no me juzgasen por loco todos aquellos que conocen cuán recia cosa sea entre tanta diversidad de costumbres como se usan por las cortes de los reyes cristianos escoger la más perfecta forma y casi la flor de esta cortesanía. Porque la costumbre hace que muchas veces una misma cosa agora nos parezca bien y agora mal... ⁶².

Esta tensión entre la diversidad observada y el carácter modelizante de su “perfecto cortesano” —en tanto que “único”— motivó no pocas intervenciones del autor, quien fue, paulatinamente, limando en las distintas redacciones de la obra tanto la caracterización “local” de los personajes como los juicios emitidos sobre la cortesanía usada en otras naciones —entre otros procedimientos— con el fin de ofrecer un modelo de aplicación general, es decir, asumible como ideal humano por toda la aristocracia europea. Bajo esta perspectiva, la pristine “forma de la cortesanía” representó —con su variado elenco de preceptos— el “centro de la diana” ⁶³ al que apuntaron durante generaciones muchos de los lectores de la obra, quienes —a través de la imitación y la emulación— trataron de aproximarse —tal y como proponía la obra— a aquella perfección fijada por Castiglione:

⁶² *Ibidem*, pp. 101-102.

⁶³ Este hecho fue reseñado por A. QUONDAM: “Il gentiluomo arciere. La natura, l’arte e la perfezione nel Libro del Cortegiano”, en G. I. ROSOWSKY (a cura di): *La campagna in città. Letteratura e ideologia nel Rinascimento*, Franco Cesati Editore, Florencia 2003, pp. 105-132.

Otros hay que quieren entrarme por otra parte, y dicen que, siendo tan difícil y casi imposible hallarse un hombre tan perfeto como yo quiero que sea nuestro cortesano, ha sido excusado escribille tal; porque vana cosa es mostrar lo que no se puede aprender. A éstos respondo que no se me dará nada de haber errado con Platón, con Xenofonte y con Marco Tulio. Y dexo de disputar agora, en respuesta desto, del mundo inteligible y de las ideas; entre las cuales, así como (según la opinión de estos sabios) hay idea de la perfeta república y del perfeto rey y del perfeto orador, así también la hay del perfeto cortesano: a la imagen de la cual, si yo no he podido llegarme mucho con mi estilo, tanto menor trabajo ternán los cortesanos de llegarse con las obras al término y raya que yo con mi escribir les habré puesto. Y si aun con todo esto no pudieren alcanzar aquella perfición, cualquiera que ella sea, que yo he trabajado de exprimir en estos mis libros, aquel que más cerca se le llegare, será el más perfeto; como de muchos ballesteros que tiran a un terrero, quando ninguno dellos da en el blanco, el que más cerca dél se pone, es el mejor ⁶⁴.

Así que, manifiestamente, el *Libro del cortesano* muestra los perfiles de un “hombre perfecto” cuyas virtudes y habilidades –contra la opinión de algunos detractores– se pueden “aprender”, esto es, adquirir a través de un proceso educativo cansado y laborioso que está en la base de todo el humanismo y que, naturalmente, inspira la literatura de *instiutio* desde sus orígenes clásicos, a los que alude Castiglione –la *República* de Platón, la *Ciropedia* de Jenofonte y el *Orador* de Cicerón– para legitimar su empresa. Elaborar un nuevo arquetipo humano que oriente, como modelo, el desarrollo de una *segunda naturaleza* –el *ethos* del “gentil cortesano”, en palabras de Boscán– constituye, pues, el objeto de una obra que recorre y presenta –como texto fundacional– los elementos esenciales del “arte de la cortesanía”, entendido como gramática general y generativa –guía de comportamiento– del hombre “civilizado” que habita en el entorno de palacio. La asimilación de esta tipología cultural –hecho que aconteció en todas las monarquías europeas del Antiguo régimen– se manifiesta, por tanto, en un doble proceso de “construcción” –en tanto que artificio asimilado a través del aprendizaje– y “restricción” –de la espontaneidad natural, de los modos “rústicos” y “groseros”– cuyo resultado fue un evidente distanciamiento

⁶⁴ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, Dedicatoria a don Miguel de Silva, pp. 96-97.

entre la gente del común y quienes formaban parte –instalados en las altas cumbres del honor– de la sociedad cortesana, no sólo en lo tocante a privilegios jurídicos o capacidad económica, sino también en cuanto al refinamiento personal y forma de vida.

El modo de presentar este compendio de sabiduría práctica, de conocimiento clasicista –descompuesto en “lugares comunes” y reconstruido en función del universo cortesano– no fue sino un ameno diálogo de carácter didáctico fuertemente arraigado –también en lo formal– en la tradición grecorromana ⁶⁵:

Yo en este libro no seguiré una cierta orden o regla de preceptos, la cual los que enseñan cualquier cosa suelen seguir comúnmente; mas (según la costumbre de muchos antiguos) renovando una agradable memoria, recitaré algunas pláticas que entre algunos singulares hombres sobre semejante propósito verdaderamente pasaron. En las cuales, aunque yo no haya sido presente, por hallarme entonces, cuando esto pasó, en Inglaterra, trabajaré agora, cuan puntualmente la memoria me sufiere, de acordallas según poco después que fui vuelto las supe de persona que muy fielmente me las contó ⁶⁶.

En lugar de mostrar “una cierta orden o regla de preceptos” conforme a la costumbre de los que comúnmente “enseñan”, Castiglione opta, siguiendo a muchos “antiguos”, por recrear a partir de la “memoria” –tanto propia como ajena– ciertas “pláticas” –conversaciones, coloquios– sucedidas “verdaderamente” en las que “singulares hombres” abordan el asunto propuesto de la “cortesanía”.

El diálogo es, por tanto, el molde literario elegido para verter un contenido declaradamente “pedagógico”, de forma que Castiglione, en lugar de acaparar la palabra –al modo de un tratado teórico– introduce en el discurso distintas voces a través de las que filtra, como en una composición teatral, su pensamiento. Y sin embargo, aquellos cortesanos reunidos en casa de los duques de Urbino matizan, ponderan e incluso contradicen los argumentos expuestos por el personaje que, en cada uno de los cuatro libros, recibe el encargo de mostrar con palabras –y de elaborar, por tanto, el eje principal de la exposición– qué cosa sea el perfecto cortesano, la perfecta dama de palacio, el perfecto príncipe o el amor.

⁶⁵ La relación entre las formas dialogísticas y los nuevos espacios cortesanos fue analizada por P. FLORIANI: “Il dialogo e la Corte nel primo Cinquecento”, en C. OSSOLA (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”*, Vol. I: *La scena del testo*, Bulzoni, Roma 1980, pp. 83-96.

⁶⁶ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro I, pp. 102-103.

La univocidad de la obra, pues, queda rota por la propia dinámica de la conversación —la forma condiciona el sentido— de manera que, si bien no impide la elaboración de un modelo “seguro y estable” de cortesano ⁶⁷ —así fue considerado, al menos, desde la recepción— sí provoca un cierto *sfumato* en el tratamiento de algunas cuestiones especialmente controvertidas, como la definición de *nobleza* —donde el “linaje” esgrimido por Ludovico de Canosa es refutado por la “virtud personal” de Gaspar Pallavicino—, que sólo pueden ser abordadas, como bien expresa el propio conde Ludovico, desde el terreno de las “opiniones” particulares:

Así que por salir presto desta obligación y desembarazarme ya desta carga que traigo a costas, digo que en toda cosa hay tanta dificultad de conocer la verdadera perfición, que casi es imposible. Esto es por la diversidad de los juicios. Porque se hallan muchos que quieren los hombres habladores, y a estos tales llaman ellos hombres de buena conversación. Otros los desean callados y mansos. A algunos les parecen mejor los que andan siempre entendiendo en algo, y desasosegados. A otros, los que en toda cosa muestran un buen reposo y una discreta consideración. Y así cada uno alaba o desalaba lo que se le antoja, encubriendo siempre la tacha con el nombre de la virtud que le está más junta o la virtud con el nombre de la más junta tacha ⁶⁸.

No obstante, el “blanco de la diana” no se mueve, el ideal de perfección, su “verdadera” existencia, permanece inmutable. Lo que se da en el coloquio —la defensa de juicios diversos por parte de los personajes— es, sencillamente, consecuencia de un problema de conocimiento motivado por las limitaciones humanas, circunstancia que obliga —una vez asumida por el individuo— a mantener una actitud de tolerancia y respeto hacia las opiniones ajenas. El elenco de voces reunido por Castiglione, por consiguiente, no es indicativo de una esencial

⁶⁷ La búsqueda de un modelo “único”, de una figura perfecta y ejemplar, se aprecia en los diálogos de Urbino cuando aquellos personajes que, por encargo, toman la palabra para enunciar el eje del discurso confirman, antes de pasar adelante, lo dicho en jornadas precedentes por quienes ocuparon su misma posición, de manera que tales opiniones y juicios (los expuestos, sucesivamente, por Ludovico de Canosa, micer Federico o Julián el Magnífico) —a pesar de haber sido rebatidos en la dinámica del debate— quedan, pasado el fragor de la discusión, asentados en el cuerpo doctrinal de la obra, convertidas ya en pilar seguro y estable sobre el que se erigen los preceptos y reglas presentados en las veladas sucesivas.

⁶⁸ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro I, p. 122.

desconfianza hacia la existencia de la “verdad” —de un “único” arquetipo de “perfecto cortesano”, en definitiva— sino en la capacidad humana de conocerlo y definirlo —de una manera clara y distintiva— si no es por medio de opiniones parciales y aproximadas, de “juicios” emitidos desde un determinado punto de vista —autoconsciente y subjetivo— que trata de cercar, para el lector que “aprende”, el objeto de estudio. Así lo explica, poco más adelante, el mismo Ludovico:

No embargante esto, yo tengo por cierto que cualquier cosa tiene su perfición; la cual podrá con razonables argumentos ser conocida por quien de aquella tal cosa tuviere noticia. Y porque (como he dicho) la verdad muchas veces está encubierta, y yo no presumo de tener el conocimiento necesario para conocella siempre, yo no puedo alabar sino aquella suerte de cortesanos que tengo en más, y aprobar lo que según mi poco juicio me parece más conforme a lo verdadero. Mi opinión seguilla heis, si os pareciere bien, y si no, aterneisos a la vuestra si fuere diferente de la mía. Y en tal caso no defenderé yo mi razón porfiándola mucho, porque no solamente a vosotros os puede parecer una cosa y a mí otra, mas yo mismo puedo tener sobre un mismo caso, en diversos tiempos, diferentes juicios⁶⁹.

En el interior del palacio de Urbino se reúnen, pues, singulares personajes de la aristocracia italiana —entre los que se hallan, junto a los anteriores, Julián el Magnífico, Otavián Fregoso o el mismísimo Pietro Bembo— para componer una hermosa escena cortesana entre el recuerdo fiel y la evocación idealizada de un tiempo ya perdido para Castiglione⁷⁰. Un cronotopos contemporáneo y realista, en fin, en el que la corte (se) habla para buscar, a lo largo de cuatro noches, la perfección de sí misma. Y es en ese incomparable marco donde acontece el animado debate sobre la nobleza, las armas, la conversación, la lengua o el amor, temas que, en ocasiones, requieren para su tratamiento de un lenguaje complejo y una hondura teórica notables.

La reunión de elementos tan diversos en el *Libro del cortesano* —una y otra vez cincelado por Castiglione en busca de la armonía— tuvo como consecuencia el surgimiento de una fuerte tensión interna —observable en la estructura definitiva de la obra— entre los tres primeros libros y el cuarto. El primer bloque, en efecto, presenta un modo de conversar propio de un grupo social homogéneo

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 122-123.

⁷⁰ Véase al respecto G. GORNI: “Il mito di Urbino dal Castiglione al Bembo”, en C. OSSOLA (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”...*, *op. cit.*, I, pp. 175-190.

(una sociedad de corte, la familia del señor) que se desarrolla bajo el signo del entretenimiento y no es, por tanto, más que un juego de salón concebido para aderezar una amena velada. El segundo modo, en cambio, nos remite a una forma dialógica más teórica, donde se enuncian valores de carácter general y símbolos culturales de altos vuelos para tratar –ya en el postrero libro– tanto el tema del príncipe como el del amor platónico. La tercera y última versión de *El cortesano*, en consecuencia, muestra en aquella cesura la cicatriz de un arduo trabajo de reelaboración destinado a hacer compatible una escena de corte –el diálogo creado en el palacio de Urbino– y el denso contenido doctrinal propio de una obra de *institutio* ⁷¹.

Escogido el juego de definir al “perfecto cortesano” entre otros pasatiempos que los caballeros y damas congregados en casa de los duques proponen para pasar la noche, el conde Ludovico de Canosa recibe el encargo de formar con palabras aquella modélica figura. A ello se consagra, por tanto, a lo largo de todo el libro primero, donde su exposición –salpicada de réplicas y animadas controversias– traza los rasgos fundamentales del moderno *gentiluomo*, del hombre de la corte, en lo que respecta a su origen, actividad, formación cultural y moral, estética, etc. No obstante, el libro no se convierte, a partir de este punto, en un repertorio de consejos, en un recetario para la vida cortesana, pues, sobre dicha función “práctica” del texto, prevalece siempre una instancia “modelizante” que articula e inerva todos los materiales de la obra en torno a la enunciación de la forma primera y profunda de este “perfecto cortesano” ⁷².

En cabeza de sus atributos, significativamente, el conde Ludovico señala “que sea de buen linaje”, pues vincula estrechamente la “nobleza de sangre” con la inclinación hacia la “virtud”, relación que se refuerza a través del “honor” –de la opinión sustentada por “los otros”– desde el momento en que el hijo de alta cuna queda “obligado” por su honra a emular a sus antepasados, tanto para huir de la infamia como para igualar la “gloria” que aquéllos alcanzaron con sus hechos. Gaspar Pallavicino, por su parte, deshace esta correlación entre

⁷¹ La estructura interna de *Il cortegiano* fue descrita por A. QUONDAM en su “Introduzione” a Baldassar CASTIGLIONE: *Il libro del cortegiano...*, *op. cit.* (1987), pp. IX-X.

⁷² Los conceptos clave (como “corte”, “cortigiano”, “gentiluomo” o “forma”) que delimitan el sentido profundo de *El cortesano* fueron desglosados, en un estudio léxico-semántico, por A. QUONDAM: “Per un’archeologia semantica della tradizione dei libri di *institutio*: il *Libro del Cortegiano*”, en *Confini dell’umanesimo letterario. Studi in onore di Francesco Tateo*, Roma nel Rinascimento, 2003, pp. 1101-1145.

“buen linaje” y “virtud” considerando la multitud de casos particulares que contradicen, tanto en un sentido como en otro, tal identificación. Abre, pues, el campo de la “virtud” a los “hombres bajos”, que por esta vía, lógicamente, podrían acceder a la corte –a la “esfera del honor” y al “sistema de la gracia”– para competir abiertamente con la nobleza una vez que la monarquía hubo alterado el equilibrio de fuerzas preexistente. El *Libro del cortesano*, por consiguiente, pone de manifiesto a través del diálogo las contradicciones latentes en un período histórico de transición donde la aristocracia tradicional trataba de acotar su espacio de influencia en torno a la “sangre”, mientras otros grupos emergentes construían, en torno a la “virtud” y a la nobleza de sus “obras”, una ideología alternativa conforme a sus propios intereses. Ludovico de Canosa, en su contrarréplica, viene a sintetizar todas estas ideas cuando ofrece su último parecer sobre la materia:

“No niego yo” dixo entonces el conde Ludovico “que aun en los hombres baxos no puedan reinar las mismas virtudes que reinan en los de alta sangre; mas sin replicar lo que ya hemos dicho, ni traer otras muchas razones que se hallarian en loor de esta nobleza, la cual siempre en todo el mundo ha alcanzado con harta razón muy gran honra, porque justo es de los buenos nacer los buenos, me parece a mí que habiendo nosotros de formar un cortesano sin tacha, es necesario hacelle de buen linaje. Y esto no solamente por muchas otras razones, más aún por aquella buena opinión general que siempre se sigue tras la nobleza y el lustre de la buena sangre”⁷³.

Uno y otro contertulio, en cualquier caso –a pesar de la controversia que mantienen– comparten una identificación esencial entre “perfecto cortesano” y “hombre virtuoso” que pone de manifiesto las implicaciones morales de la figura humana dibujado por Castiglione. En efecto, lo “útil” y lo “honesto” caminan, desde este punto y hasta el final del libro, por una misma senda en la conformación del arquetipo: si el cortesano busca la perfección personal para servir con diligencia al príncipe y alcanzar, en justo pago, los beneficios de la *gracia* real –tal y como se enuncia explícitamente al comienzo de la obra– lo hace siempre transitando por la vía del “bien”, buscando un difícil equilibrio entre las estrategias que le resultan “útiles” y “convenientes” para medrar en palacio –la observación, la simulación, la disimulación– y los principios morales que inclinan su comportamiento personal hacia la “virtud”.

⁷³ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro I, pp. 126-127.

Esta indisoluble asociación constituye uno de los elementos fundamentales del cortesano renacentista que los humanistas idearon –e imaginaron– para un período de “construcción” política lleno de posibilidades y opciones de futuro; asociación que, sin embargo, quedó disuelta con el paso del tiempo, cuando el asentamiento del “sistema de corte” y el desarrollo de sus mecanismos de poder condujo al desengaño y a la ponderación de todas aquellas habilidades “prácticas” que, al margen de la moral, contribuían al triunfo de un cortesano “discreto” –ya propio del Barroco– que pugnaba contra sus semejantes en un entorno de franca hostilidad y competencia ⁷⁴. Castiglione, por el contrario, no duda en afirmar, aun de modo sencillo y breve, cuáles han de ser las virtudes del alma de su cortesano:

[...] diremos brevemente, dexando aparte las reglas de muchos sabios filósofos que de esta materia han escrito y declarado qué cosa es virtud de alma y sotilmente disputado de la divinidad Della. Bastará agora para nuestro propósito hacer que sea éste de quien hablamos hombre de bien y limpio en sus costumbres; porque en sólo esto se contiene la prudencia, la bondad, el esfuerzo, la virtud que por los filósofos es llamada temperancia y todas las otras calidades que a tan honrado título como a este cortesano conviene ⁷⁵.

La consecución de este arquetipo “noble” y “honesto”, en cualquier caso, no puede lograrse sino a través de la “buena crianza”, de un proceso educativo –dirigido y protagonizado por los humanistas en la sociedad cortesana– que permita a los hijos de las grandes familias adquirir una formación ética, estética e intelectual acorde con sus nobles orígenes, una formación que los introduza en el “proceso de civilización” desencadenado por el “fenómeno corte” ⁷⁶ y que les impida, en consecuencia, convertirse en “salvajes”:

[los hombres] si alcanzan quien los críe bien, casi siempre se parecen a aquellos de donde proceden, y aún acaece muchas veces salir mejores;

⁷⁴ La diferencia entre ambos modelos de cortesanía fue expuesta por M. HINZ: “Castiglione e Gracián. Due strategie per la lingua di Corte”, en *I mezzi umani e i mezzi divini. Cinque commenti a Baldasar Gracián*, Bulzoni, Roma 2005, pp. 17-30.

⁷⁵ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro I, p. 177.

⁷⁶ Véase al respecto la obra de I. BOTTERI: *Galateo e galatei. La creanza e l'instituzione della società nella trattatistica italiana tra antico regime e Stato liberale*, Bulzoni, Roma 1999.

pero si les falta la buena crianza, hácense como salvajes; y de no ser bien granjeados, nunca en el árbol se maduran...⁷⁷

Este proceso formativo deberá mejorar los dones y corregir las faltas de la “naturaleza” con “industria”, con un “arte” —el “arte de la cortesanía”— que se puede aprender laboriosamente y cuya finalidad es ofrecer una imagen armónica, graciosa y agradable del cortesano:

[...] los que no son así de tan perfeto natural, pueden con industria corregir en gran parte sus faltas. Y así nuestro cortesano, demás del linaje, quiero que tenga favor de la influencia de los cielos en esto que hemos dicho; y que tenga buen ingenio y sea gentil hombre de rostro y de buena disposición de cuerpo, y alcance una cierta gracia en su gesto y (como si dixésemos) un buen sango que le haga luego a la primera vista parecer bien y ser de todos amado. Sea esto un aderezo con el cual acompañe y dé lustre a todos sus hechos, y prometa en su rostro merecer el trato y la familiaridad de cualquier gran señor⁷⁸.

El ingenio, la “gracia” y la “buena disposición”, pues, han de acompañar todas las acciones del cortesano para que le hagan “a primera vista parecer bien”. El “estilo cortesano”, por consiguiente, es concebido desde su misma génesis para ser “puesto en escena”, para ser “representado” delante de “los otros” en los nuevos espacios donde la sociedad política se concentra. Es, pues, un “aderezo” agradable que, más allá del refinamiento cultural que manifiesta, se erige en medio necesario y útil para alcanzar el amor de todos y, en última instancia, la familiaridad de “cualquier gran señor”. Es, en fin, una estética orientada a la praxis, cuyo “gracioso” artificio se manifiesta, en primer lugar, a través del ejercicio de las armas, actividad primaria —todavía— del moderno *gentiluomo*, según palabras de Ludovico de Canosa:

Mas, dexando esto, por venir ya a particularizar algo, pienso que el principal y más proprio oficio del cortesano sea el de las armas, las cuales sobre todo se traten con viveza y gallardía; y el que las tratare sea tenido por esforzado y fiel a su señor⁷⁹.

⁷⁷ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro I, pp. 123-124.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 125.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 128.

La sombra del caballero, como se observa, se proyecta nítidamente sobre el cortesano, a quien aporta dos de sus rasgos principales, el “buen linaje” y el “ejercicio de las armas”, significativamente presentados al comienzo de la semblanza. No obstante, una vez incorporada al modelo junto a sus atributos tradicionales –en especial, la fortaleza y la lealtad– esta “fiereza”, esta destreza militar –usada con “viveza y gallardía”, “graciosamente”, para ganar reputación y fama– pasa a ser atemperada, en el curso de la exposición, por el modo de vida cortesano, que no recibe bien en sus salones al guerrero desabrido y malencarado:

[el cortesano], con todo esto, no queremos que se muestre tan fiero que continamente traiga braveza en el rostro y en las palabras, haciéndose un león y diciendo que “sus arreos son las armas y su descanso el pelear” y amenazando al mundo con aquella ferocidad con que suelen amenazar los soldados. A estos tales con razón se puede decir lo que una gentil dama dixo una vez delante de otras muchas a un caballero que agora yo no quiero nombrar; el cual, siéndole por ella pedido que danzase, y no quiriendo él aquello ni oír música ni otra ninguna cosa de las que suelen usarse entre hombres de corte, diciendo que no se pagaba de aquellas burlerías, al cabo preguntado por esta señora de qué se pagaba, pues, respondió con un semblante muy fiero: “yo, de pelear”. Díxole ella entonces, con una buena risa: “pues luego agora que no hay guerra ni hay para qué seais, yo agora sería de parecer que os concertasen y os untasen bien y, puesto en vuestra funda, os guardasen con los otros arneses para cuando fuédeses menester”. Y con esto dexóle en su necedad, con mucha burla que hicieron todos dél ⁸⁰.

A través de este ilustrativos ejemplo –uno de los recursos más frecuentes de la tratadística ⁸¹– Castiglione muestra la impertinencia y hasta el carácter ridículo del *bellator* situado, como torpe patán, en el nuevo espacio de la corte. El viejo caballero necesitaba, obviamente, “aprender” una serie de habilidades y destrezas que le permitiesen moverse con “gracia” y desenvoltura en los nuevos escenarios –el salón, la cámara, el despacho, el patio– de la sociedad cortesana. Aquellos atributos, en consecuencia, adquirirían una relevancia de primer

⁸⁰ *Ibidem*, pp. 129-130.

⁸¹ Sobre el valor y la función de los ejemplos en *El cortesano* ha trabajado L. MULAS: “Funzioni degli esempi, funzione del *Cortegiano*”, en C. OSSOLA (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”*..., *op. cit.*, I, pp. 97-117.

orden –más allá del barniz cultural con que adornaban al individuo– como lenguaje legitimador de una existencia decorosa en corte, cuya adopción resultaba imprescindible una vez abandonado el campo de batalla. Sólo por esta vía la aristocracia podía convertirse, verdaderamente, en “cortesana”, pues de otro modo los salones de baile y –lo que era aún más grave– los oficios y mercedes dependientes de la *gracia* real le habrían quedado vedados para siempre a causa de su ignorancia y falta de “formación”.

La satisfacción de esta necesidad “educativa” es, precisamente, lo que orienta el debate hacia el ámbito “civil”, donde se desarrolla, casi en su totalidad, la vida cortesana. Antes de pasar a la exposición y estudio de dichas habilidades “palaciegas”, sin embargo, Ludovico de Canosa –preguntado por César Gonzaga– se detiene un instante para explicar, en detalle, en qué consiste realmente esa “gracia” que ha de acompañar –como “regla generalísima”– todas las acciones del cortesano:

Pero pensando yo mucho tiempo entre mí de dónde pueda proceder la gracia, no curando agora de aquella que viene de la influencia de las estrellas, hay una regla generalísima, la cual pienso que más que otra ninguna aprovecha acerca desto en todas las cosas humanas que se hagan o se digan; y es huir cuanto sea posible el vicio que de los latinos es llamado *afetación*; nosotros, aunque en esto no tenemos vocablo propio, podremos llamarle *curiosidad* o *demasiada diligencia* y *codicia de parecer mejor que todos*. Esta tacha es aquella que suele ser odiosa a todo el mundo; de la cual nos hemos de guardar con todas nuestras fuerzas, usando en toda cosa un cierto desprecio o descuido, con el cual se encubra el arte y se muestre que todo lo que se hace y se dice, se viene hecho de suyo sin fatiga y casi sin habello pensado ⁸².

La “gracia” es, por tanto, un punto medio virtuoso –al modo aristotélico– entre dos extremos “viciosos” como son la rusticidad –la falta de “arte” y “refinamiento”, o el demasiado “descuido”– y la “afectación” –o exceso de “artificio”–, entre las que se encuentra, en el “centro de la diana”, la *sprezzatura*, que Boscán traduce como “desprecio” o “descuido”, y que se manifiesta exteriormente como un “arte que no parece arte”, una suerte de *naturalidad* que “encubre” el artificio hasta enmascarar las acciones humanas de tal modo que parecen ejecutadas “sin fatiga” y casi sin haberlas “pensado”, esto es, “espontáneamente”, con “facilidad”, de forma “natural”:

⁸² B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro I, pp. 143-144.

De esto creo yo que nace harta parte de la gracia; porque comúnmente suele haber dificultad en todas las cosas bien hechas y no comunes; y así en éstas la facilidad trae gran maravilla y, por el contrario, la fuerza y el ir cuesta arriba no puede ser sin mucha pesadumbre y desgracia y hácelas ser tenidas en poco por grandes que ellas sean; por eso se puede muy bien decir que la mejor y más verdadera arte es la que no parece ser arte. Así que en encubrilla se ha de poner mayor diligencia que en ninguna otra cosa; porque, en el punto que se descubre, quita todo el crédito y hace que el hombre sea de menos autoridad ⁸³.

El “desprecio”, el “descuido”, la *sprezzatura* —como parte de la “regla generalísima” del “estilo cortesano” junto a la “gracia”— no es, como se observa, sino una “máscara” que oculta el “arte”, un modo de “representación” decoroso y plausible dentro de la “escena de la corte”, que permite al individuo mantener su “crédito” y su “autoridad” ante “los otros” ⁸⁴. Esta forma de moverse y hablar, de justar y danzar, por consiguiente, este estilo equilibrado y equidistante, “natural”, sólo adquiere sentido “puesto en escena”, representado ante los demás —por honor y utilidad— en el juego de intereses creado en torno al “sistema de la gracia” y los nuevos espacios de sociabilización y decisión política donde se libraba la batalla decisiva —entre las distintas facciones— por hacerse con el control de la monarquía. Parecer un patán o mostrarse amanerado en público —siempre ante los ojos de los demás— conducía al descrédito y al “deshonor” —a perder el favor de la opinión general— y, con ello, a caer en el ostracismo, a ser apartado —aun de manera velada— de los círculos de relación social —más que nunca, círculos de “influencia”—, en definitiva, de los canales de distribución de la *gracia*. Adoptar una forma de vida decorosa y actuar en todo momento conforme a la “regla generalísima”, en consecuencia, no constituía sino el modo de conservar e incrementar el *honor*, aquello que representaba el tesoro máspreciado de un cortesano abocado a alcanzar oficios y mercedes a través de relaciones *personales*. La “educación”, la adopción de pautas de conducta socialmente aceptadas en palacio no era, en última instancia, sino un instrumento de poder.

A partir de estos principios, Castiglione despliega toda una gramática general y generativa del comportamiento cortesano. General desde el momento en

⁸³ *Ibidem*, p. 144.

⁸⁴ Véase G. FERRONI: “Sprezzatura e simulazione”, en C. OSSOLA (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”*..., *op. cit.*, I, pp. 119-147.

que se ocupa de la actividad humana en su conjunto –de las armas a las letras, del conversar al vestir, de la música a la pintura–; y generativa en tanto que inspiradora de nuevos discursos –tanto totalizantes como parciales– sobre la forma de vida del hombre de la corte. Una gramática, en fin, que sobre los principios de la “gracia” y el “desprecio” muestra al cortesano, en todos los ámbitos, el modo de “actuar” más honorable y provechoso para su persona, tal y como lo explica Ludovico de Canosa:

Así que aquella virtud contraria a la afetación, la cual por agora nosotros la llamaremos *desprecio*, demás de ser el verdadero principio de donde nace la buena gracia, trae consigo otro ornamento, con el cual toda obra nuestra si se acompaña, por pequeña que sea, no sólo descubre luego el saber de quien la hace, mas aún hartas veces parece mucho más de lo que es realmente. Porque en la misma hora creen los que están presentes que quien tan descuidadamente y tan sin pena hace lo que hace, podría hacer mucho más si quisiese y que le quedan dentro grandes secretos y que no es nada todo aquello para con lo que haría, si en ello pusiese diligencia o cuidado ⁸⁵.

Por esta senda discurre el libro primero hasta su conclusión, dando entrada a los más diversos temas con el fin de establecer en cada caso el “centro de la diana”, el “punto medio” hacia el que el perfecto cortesano debe tender. Así, en el empleo de la lengua, Ludovico de Canosa propone que se escriba y se hable conforme al uso, escogiendo las palabras con buen criterio, pero evitando los extranjerismos y arcaísmos que denotan afectación; en lo moral, el cortesano debe ser hombre de bien inclinado a la virtud; en lo intelectual, ser instruido en letras humanas –como complemento de las armas–, elegante en su escritura y abundoso en la conversación; en el cultivo de las artes, diestro en la música y el canto, entendido en pintura y escultura... El “sistema de la gracia”, en definitiva, pudo proponerse como sistema cultural total –en tanto que lugar de confluencia–, en cuyo espacio fue posible reinterpretar, hacer suyas, prácticas y disciplinas propias de grupos sociales muy diferentes –la aristocracia guerrera, el clero, los letrados o los artistas– que, al margen de su procedencia, configuraron, tal y como se recoge en el primer libro de *El cortesano*, una cultura integrada y totalizante, una “cultura cortesana”, que enunciaba su propia

⁸⁵ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro I, p. 148.

hegemonía al calor del triunfo de las monarquías occidentales, la hegemonía de la *gracia* ⁸⁶.

Cansado ya el conde Ludovico por la extensión de la plática, se cierra el coloquio de la primera noche, mas no el retrato del perfecto cortesano, pues se encomienda a micer Federico Fregoso que, para la siguiente velada, exponga en qué modo, manera y tiempo deba el hombre de la corte tratar sus buenas condiciones y calidades y obrar todas aquellas cosas que le convienen. El libro segundo, por consiguiente, desciende un peldaño hacia la praxis para explicar el “uso” de los principios generales expuestos por Ludovico de Canosa. La tarea de micer Federico, pues, consiste en acotar la “circunstancia” en que tales preceptos deben ser “puestos en escena”, de modo que las buenas acciones del cortesano –acompañadas de la “oportunidad”– “sirvan” como mejor pudieren a sus intereses. Y es en el cumplimiento de esta labor cuando la sociedad cortesana queda retratada, más que nunca, como un espacio de competencia donde los individuos pugnan por “mostrar” sus cualidades y virtudes con el fin de hacerlas “útiles” –más allá de su valor intrínseco– dentro del “sistema de la gracia”. En ese sentido, existe –como en el libro anterior– un principio universal del que derivan todas las habilidades “prácticas” del cortesano: el “buen juicio”, la “prudencia”, la “discreción”, en una palabra, la *razón* aplicada a la vida cotidiana de palacio:

Así que en regirse bien en esto paréceme que consiste en una cierta prudencia y juicio de buena elección, y en conocer lo más y lo menos que en las cosas se añade o se quita haciéndolas a su tiempo o fuera dél. Y puesto que el cortesano sea tan avisado y discreto que sepa juzgar y pesar estas diferencias, no dexará por eso de hallar más fácilmente lo que en todo esto buscare, si se le abriere el juicio con algún preceto y le fuere mostrado el camino y casi el lugar donde fundarse deba, que no haría si sólo tuviese ojo a la generalidad ⁸⁷.

Como un pequeño “arte de prudencia”, el libro segundo aconseja al cortesano –a través de la voz de micer Federico– que:

considere atentamente la calidad de lo que hace o dice, el lugar, en presencia de quién, a qué tiempo, la causa por la que lo hace, la edad y profesión suya, el fin donde tiene ojo y los medios con que puede llegar

⁸⁶ Véase A. QUONDAM: “Introduzione” a Baldassar CASTIGLIONE: *Il libro del cortegiano...*, *op. cit.* (1987), pp. XV-XVI.

⁸⁷ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro II, p. 216.

allá, y así, con estas consideraciones, aplíquese cuerdamente a todo lo que hubiere de hacer o de decir.

La razón, la “cordura”, ha de guiar, por tanto, la actividad del cortesano, quien debe diseñar una “estrategia” destinada a alcanzar dos objetivos fundamentales: ganar honra y buena fama —entre sus iguales— y obtener del príncipe, su señor, una generosa recompensa por sus servicios. No basta, sin embargo, con la virtud para colmar tales aspiraciones; es preciso también ser “avisado” y “discreto” para evitar los peligros y aprovechar con astucia las ocasiones. Por este camino, como derivados de la “regla generalísima” —y no como acumulación de una micropreceptística difusa, al modo de los libros de avisos— el libro segunda presenta —“dinámicamente”, sobre la “escena de la corte”, siempre en competencia— nuevos preceptos generales donde el “sistema cultural de la *gracia*” queda definido —por “obra”— desde la periferia, en función de las *circunstancias*, de manera que el todo (la propia *gracia*) y las partes (la normativa *aplicada*) quedan integrados en un “solo cuerpo” que rige, como pauta de vida, todas y cada una de las acciones del cortesano:

Por eso conviene que nuestro cortesano en sus cosas sea cauteloso y que todo lo que hiciere y dixere sea dicho y hecho con prudencia, y no sólo ponga cuidado en tener partes y condiciones ecelentes, mas ordene el tenor de su vida con tal orden que el todo responda a estas partes, de manera que siempre se muestre uno y tal en toda cosa que nunca discorde de sí mismo, sino que de todas sus buenas calidades componga un solo cuerpo, de tal arte que cualquier obra suya salga hecha y compuesta de todas las virtudes juntas, conforme al oficio (según dicen los estoicos) del hombre sabio⁸⁸.

Ser prudente y cauteloso para no mover a envidia; disponer las virtudes de arte que por la oposición o contrariedad de la una, salga y se conozca con mayor claridad la otra —como la templanza y la mansedumbre en el bravo guerrero—; hablar poco y hacer mucho; no ensalzarse, sino disimular sus grandes hechos, para que brillen con luz propia las virtudes; medir el riesgo en la guerra, haciendo sus hazañas delante de pocos pero principales; salir gentilhombre en los torneos y juegos de cañas, mas sin poner en riesgo vanamente la vida, mostrando elegancia en el vestido y adorno e ingenio en las letras de sus motes; hablar con propiedad, acomodando su plática al interlocutor y a la circunstancia;

⁸⁸ *Ibidem*, p. 217.

no mezclarse en competencias de aldeanos; no forzar la ocasión para mostrar habilidad en cualquier ejercicio corporal; o ajustar su comportamiento a la edad y gravedad de su persona —entre otros preceptos enunciados en el libro segundo— no constituyen sino un coherente elenco de habilidades prácticas derivadas de la discreción que, en última instancia, como nuevas y poderosas “armas” del caballero “en corte”, conducen —tras un adecuado “juicio” de sí mismo y de los tiempos y disposiciones de los demás— al triunfo, tanto en honores como en mercedes, sobre el tablero cortesano.

Entre todas aquellas destrezas, sin embargo, la competencia que resulta más decisiva para el contersano es el don de la palabra, el arte de la conversación⁸⁹, que en los nuevos espacios de interacción —siempre “en público”— representa el instrumento básico de comunicación social. En dicho ámbito, una vez más, la *gracia*, el *término medio*, la *cordura* y la *ocasión* han de guiar al cortesano de manera que:

sea tal que jamás le falten buenos razonamientos acomodados a aquellos con quienes habla, y sepa con una cierta dulzura recrear los ánimos de los auditorios, y sepa con lemas y chistes discretamente inducir a fiesta y a risa, sin venir jamás a molestar o a importunar por exceso.

Su competencia discursiva, por consiguiente, en el seno de una sociedad “cerrada”, debe estar destinada a recrear los ánimos de sus iguales, e inducir —de manera agradable y decorosa— a fiesta y a risa mediante un “espectáculo” eminentemente “teatral”. El espacio de la corte se identifica, pues, con el tablado, con el escenario —terreno abonado para la *agudeza*, el *ingenio* y la *viveza*— donde se desarrolla su “fiesta” y su “risa”. Esta competencia, sin embargo, esta codificación y descodificación de la gramática curial sobre la “escena de la corte” —siempre entre observación, simulación y disimulación— permanece sólidamente anclada —como la práctica totalidad del cuerpo doctrinal— a las palabras rectoras de la *gracia* (en el sentido de la “dulzura”) y del *desprecio* (“discretamente”)⁹⁰.

Los elementos constitutivos del moderno *gentiluomo*, como modelo antropológico o arquetipo humano, tal y como se recogen en los dos primeros libros de *El cortesano*, configuran, por tanto, a pesar de su distinta procedencia, un conjunto orgánicamente integrado cuyos principios fundamentales son: *nobleza* (de

⁸⁹ El arte de la conversación, como elemento esencial del discurso cortesano, fue estudiado por A. QUONDAM: *La conversazione. Un modello italiano*, Donzelli, Roma 2007.

⁹⁰ Véase A. QUONDAM: “Introduzione” a Baldassar CASTIGLIONE: *Il libro del cortegiano...*, *op. cit.* (1987), pp. XVI-XVIII.

origen), *gracia* (como ideal de perfección, siempre término medio), *desprecio* o *descuido* (un arte que no parece arte, oculto, disimulado), *virtud* (en lo moral), y *buen juicio* (en la aplicación práctica de dichos principios con discreción y prudencia). Estas reglas generales conducen a la reinterpretación y conjunción de todas las actividades humanas –las armas y las letras– en una figura humana de vocación universal –cuya existencia sólo pudo concebirse en la corte, cruce de caminos de guerreros, letrados, artistas y clérigos– que aparece cincelada, en todos sus perfiles, por la “regla generalísima” de la *gracia*. La “cortesanía”, en cualquier caso, es –además de una *forma* de comportamiento– una práctica de relaciones sociales orientada a lograr –como medio, como instrumento– el triunfo del individuo en un entorno cerrado, laberíntico, confuso y competitivo, donde el reconocimiento ajeno –la honra, la fama– y el favor del rey representaban el premio, la meta y el objetivo vital de quienes gravitaban en torno al “sistema de la gracia”. Este modelo cultural de la “cortesanía”, por consiguiente, no es sino una “máscara” civilizatoria cuya función primaria es aquella del esconder la “fatiga” y el “arte” en una estrategia dominada por el hacer ver, mostrar, parecer, ocultar, velar, simular, disimular... La “cortesanía” es, en definitiva, una “puesta en escena” elaborada para el “ojo que mira”⁹¹.

Cerrada la composición del “perfecto cortesano”, Julián el Magnífico toma el relevo de micer Federico, ya en el libro tercero, para formar y defender con palabras –frente a quienes manifiestan su hostilidad hacia las mujeres, como Gaspar Pallavicino– la figura de la gentil dama de palacio. Dicho modelo “en femenino” del cortesano comparte, como es natural, muchos de los elementos constitutivos de aquél, como “la nobleza de linaje, el huir la afetación, el tener gracia natural en todas sus cosas, el ser de buenas costumbres, avisada, prudente, no soberbia, no envidiosa, no maldiciente”, etc., mas difiere en algunos otros caracteres que resaltan, precisamente, desde el punto de vista masculino:

Mas sobre todo me parece que en la manera, en las palabras, en los ademanes y en el aire, debe la mujer ser muy diferente del hombre; porque así como le conviene a él mostrar una cierta gallardía varonil, así en ella parece bien una delicadeza tierna y blanda, con una dulzura mujeril en su gesto que la haga en el andar, en el estar y en el hablar, siempre parecer mujer, sin ninguna semejanza de hombre⁹².

⁹¹ *Ibidem*, pp. XIX-XX.

⁹² B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro III, p. 349.

La regla generalísima adaptada a la feminidad –lo que en el hombre era una “gallardía varonil”, en la mujer es una “delicadeza tierna y blanda”– conlleva el desplazamiento del valor semántico de la “gracia” hacia el campo de lo “agraciado”, de la “hermosura”, de la “honestidad” y de la “reputación”:

De la hermosura se ha de hacer otra cuenta, porque es mucho más necesaria en la dama que en el cortesano; que ciertamente a la mujer que no es hermosa no podemos decir que no le falte una gran cosa. Debe también ser más recelosa que no el hombre en lo que toca a su honra y tener mayor cautela en no dar ocasión que se pueda decir mal della y regirse de tal manera que no solamente sea libre de culpa mas aun de sospecha...⁹³

La definición de las cualidades de la mujer, en el seno de la sociedad cortesana, queda sometida a la perspectiva masculina –la “hermosura” en tanto que belleza atractiva para el hombre; la “cautela”, como defensa de la honra familiar, del patrimonio de sus “hombres”– al igual que sus funciones específicas, sea en el ámbito doméstico, sea en público. De manera que la gentil dama debe:

[...] saber regir la hacienda del marido y la casa y los hijos, si fuere casada, y todas aquellas partes que son menester en una señora de su casa, digo que la que anda en una corte o en otro lugar donde se traten cosas de gala, paréceme que ninguna cosa tenga tanta necesidad como de una cierta afabilidad graciosa, con la cual sepa tratar y tener correa con toda suerte de hombres honrados, tiniendo con ellos una conversación dulce y honesta y conforme al tiempo y al lugar y a la calidad de aquella persona con quien hablare⁹⁴.

La mujer de palacio debe ser, por tanto, primeramente una buena administradora de la casa y hacienda del marido, ámbito en el que se incluye el cuidado y la crianza de los niños. Mas si tuviere que actuar en la corte, habría de adecuar su comportamiento al principio de la *gracia*, mostrándose honesta en su conversación y capaz de entretener a toda clase de hombres. Con estos ejemplos, quedan ilustradas las modificaciones semánticas operadas en la adaptación al “femenino” –de sujeto de la enunciación a mero “juguete” de los hombres– de los valores y cualidades presentados, para el “perfecto cortesano”, en los dos primeros libros de la obra. Dichos atributos se orientan, pues, en este tercero,

⁹³ *Ibidem*, p. 350.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 350.

hacia una práctica más mundana que cultural donde la mujer, como comparsa, ha pasado a ocupar un lugar secundario. Así se observa, incluso, en la misma conversación de Urbino, en la que las mujeres representan un papel marginal, subalterno, frente a los verdaderos protagonistas de la conversación, los hombres de la corte ⁹⁵.

Por este camino, el coloquio sobre las mujeres llega a un “extremo” de especialización cuando se debate, en términos puramente escolásticos, acerca de la bondad de la “esencia” y los “accidentes” femeninos. Es el momento en que una de las presentes interrumpe la charla para “centrarla”, para moverla hacia un espacio intelectual de dominio común más propicio para la comunicación social, ajustado a la *circunstancia* de Urbino. En lugar de esta disputa –inadecuada para una situación de intensa sociabilización–, por tanto, entra rápidamente en escena una nueva modalidad conversacional –por medio de la erudición de Julián el Magnífico y César Gonzaga– ajustada al “decoro” del salón de corte: se trata de la presentación de diversos *exempla* de mujeres virtuosas que, a modo de agradables *novellas*, ilustran con entretenidos episodios el argumentario esgrimido por ambos caballeros. De este modo, es posible proseguir con el diálogo “formativo” sobre la gentil dama de palacio a través de un procedimiento retórico que, frente a la controversia filosófica, resulta –ya sí– “apropiado” para los nuevos espacios cortesanos.

Tras presentar un “arte de servir” –al rey– y un “arte de competir” –contra los “otros” cortesanos–, el tramo final del libro tercero ofrece un pequeño “arte de amar” como parte sustancial del retrato de la dama de corte. El tema del amor, por vez primera, salta a escena –como anticipo del discurso de Pietro Bembo– a través de una casuística de “situaciones” diversas donde hombres y mujeres participan, sobre el tablado, en un juego de gestos y palabras, de simulaciones y disimulaciones, de intenciones veladas y deseos ocultos, en el que la dama ha de moverse con discreción y prudencia para salir airosa de los diversos lances que se le presentan. Para ello precisa de numerosas habilidades “teatrales” que, de manera análoga a las desarrolladas por el cortesano, le permitan “actuar” con *gracia y desenvoltura* ante los requiebros de los distintos amadores:

Así que el arte que yo quiero que tenga esta mi dama con quien le dixere amores, ha de ser mostrar con una buena presunción que tiene por

⁹⁵ La figura de la mujer dibujada en los diálogos de Urbino mereció la atención particular de G. S. BATTISTI: “La donna, le donne nel *Cortegiano*”, en C. OSSOLA (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”...*, *op. cit.*, I, pp. 219–249.

cosa liviana lo que él le dice; y en fin no ha de dar a entender luego que cree ser amada. Y si este caballero que presumiere de servilla llegare a hablalle (como lo hacen muchos) con una soberbia grosera, sin tenelle todo el acatamiento que fuere razón, secarse ha de manera con él o decille ha brevemente tales palabras que él se tenga por entendido y otro día, por necio que sea, no lo sea tanto que llegue a hablalle desacatadamente. Pero si éste que la sirviere fuere discreto y le hablare con buena crianza y mansamente y aun los amores que le dixere no fueren muy descubiertos y, en fin, si fuere tan hombre de bien que traiga con ella todo el arte que traería en tal caso nuestro cortesano, muestre entonces no entendelle y las palabras que le dixere échelas a otra cosa, procurando siempre con el juicio y templanza y arte que hemos dicho de sacalle de aquello ⁹⁶.

Como un variado elenco de “estrategias”, de respuestas particulares ante la dominante amorosa que procede –por iniciativa– del hombre de la corte, el libro tercero presentar toda una preceptiva de discreción y de prudencia –con especial atención a la *virtud* y el *decoro*– aplicable a un juego de amor, a un torneo, que se desarrolla –siempre sobre la escena– conforme al “código” –el lenguaje curial, la gramática cortesana– impuesto por una coacción teatral generalizada. Así, como en los dos primeros libros, Castiglione procede de los principios generales a los casos particulares cuando concluye su dibujo de la perfecta dama de palacio con la “pragmática” de un arte que debe permanecer escondido, exactamente igual que aquella regla generalísima: “aquel verdadero arte que no parece ser arte”. Un arte para ganar el amor, para declararlo, para mantenerlo, para batir a los rivales, para guardarlo en secreto, etc. En definitiva, *El Cortesano* produce, en la clausura del tercer libro, una suerte de breve *ars amandi* coherente con su estructura formativa: un *ars amandi* “en corte” ⁹⁷.

Concluida la plática sobre el “perfecto cortesano” y la gentil dama de palacio, entre los tres primeros libros y el cuarto se abre una cesura o discontinuidad cuando Otavián Fregoso toma la palabra para discurrir acerca del príncipe, de manera que el referente, el objeto de la conversación, deja de ser interno y directo –ya no el cortesano ni la dama, presentes en Urbino– para convertirse en externo, ajeno a aquella particular situación comunicativa. Es en este punto

⁹⁶ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro III, p. 418.

⁹⁷ Véase A. QUONDAM: “Introduzione” a Baldassar CASTIGLIONE: *Il libro del cortegiano...*, *op. cit.* (1987), pp. XXIII-XXV.

cuando las calidades del cortesano comienzan a funcionar, explícitamente, dentro del “sistema de corte” para lograr un propósito muy concreto: ganar la voluntad del rey con objeto de instruirlo en la “verdad” e inclinarlo hacia el “bien”; en otras palabras, para convertirlo en un hombre “virtuoso”.

El fin luego del perfeto cortesano, del cual hasta agora no se ha tratado, creo yo que sea ganar por medio de las calidades en él puestas de tal manera la voluntad del príncipe a quien sirviere, que pueda decille la verdad y de hecho se la diga en toda cosa y le desengañe sin miedo ni peligro de selle cargado; y conociendo la intinción dél de inclinarse a hacer alguna cosa mal hecha, que ose estorbársela y contradecírsela sin ningún empacho, y en esto que tenga tan gentil arte con la gracia alcanzada por sus buenas calidades, que pueda, sin alterar ni dexar llaga, curalle del mal que hubiere hecho, y atajalle que no haga más...⁹⁸

De arte-forma, escénico y teatral –en la configuración de un “perfecto cortesano” conforme a la *gracia*– el discurso enunciado por Otavían Fregoso se constituye en arte-medio, en “instrumento” orientado a la consecución de un “buen fin”. El “arte de la cortesanía”, por tanto, más allá del valor intrínseco de sus calidades, “sirve” y adquiere sentido como “código de comportamiento” inserto en un orden moral superior –en la dicotomía virtud/vicio– que ha de dominar, desde la perspectiva de Castiglione, las relaciones entre el cortesano y su príncipe:

[...] y así desta manera, tiniendo el cortesano en sí la bondad que estos señores le han dado, acompañada con la viveza del ingenio y buena conversación y con la prudencia y noticia de letras y de tantas otras cosas, sabrá diestramente en cualquier caso mostrar a su príncipe cuánta honra y provecho le venga a él y a los suyos de la justicia, de la liberalidad, de la grandeza del ánimo, de la beninidad y de las otras virtudes que un buen príncipe se requieren; y por el contrario cuánta infamia y daño le recrezca de los vicios contrarios a todo esto. Por eso yo tengo por opinión que como la música, las fiestas, las burlas y las otras cosas para holgar son casi la flor, así el inclinar y traer su príncipe al bien y apartalle del mal sea el verdadero fruto desta cortesanía⁹⁹.

⁹⁸ B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro IV, p. 452.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 452.

Todas las calidades y atributos reseñados anteriormente, por tanto, como “flor de la cortesanía”, “dan fruto” –al margen de la honra y el provecho particulares– cuando “autorizan” a quien los hace suyos –constituidos ya en *segunda naturaleza*– para ejercer como “maestro de virtud” del príncipe. El “perfecto cortesano” se erige, de este modo, en agente de una moral que, sólo arraigada en la cúspide del poder político, puede adquirir dimensión general y proyectarse sobre la totalidad del reino. Ésta es su posición estratégica –según la doctrina de Castiglione– en el seno de la sociedad cortesana, aquélla que le convierte, gracias a su honestidad y valía, en “consejero”, “educador”, en “cortesano humanista”, en definitiva, preceptor y guía –como “maestro en la verdad”– de su señor natural.

A partir de este punto, la conversación se orienta a discernir los valores –las “calidades”– de esta moral y el modo más efectivo en que pueda ser transmitida por el cortesano. A lo segundo responde sin dilación tras presentar los defectos más comunes de los príncipes –la ignorancia, la inclinación hacia los placeres, el ansia de poder, el uso de la fuerza, el mal gobierno– cuando explica que sólo desde la intimidad, desde la familiaridad, como “privado”, puede el cortesano “educar en la virtud” a su señor en franca oposición a los lisonjeros y aduladores que lo engañan con “mentiras”. Una vez colocado en aquella privilegiada posición, ya sí, estará en disposición de proyectar sobre su príncipe un selecto elenco de valores morales profundamente arraigados en la tradición occidental:

[...] y así podrá decille con buena arte la verdad en todo. Demás desto, podrá también poco a poco hacelle virtuoso, instruyéndole en la continencia, en la fortaleza, en la justicia, en la templanza y, haciéndole gustar la dulzura que hay debaxo de aquella poca amargura que luego al principio se ofrece a quien contrasta los vicios; los cuales siempre son dañosos, desabridos y cargados de deshonra y de infamia, así como las virtudes son provechosas, alegres y llenas de loor y de gloria¹⁰⁰.

Un hombre que se rige conforme a su naturaleza racional, que persigue en sus elecciones –indisolublemente– conjugar lo “útil” y lo “honesto” –conforme a las enseñanzas de Aristóteles, Cicerón o Séneca– es, por tanto, el que propone Castiglione como modelo ideal para su príncipe. La moral que alienta su arquetipo, en consecuencia, pondera tanto el control de las inclinaciones hacia el placer (continencia, templanza), como la resistencia al dolor (fortaleza) y la

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 457.

adecuada distribución y aplicación del derecho (justicia). La sabiduría, en fin, la cuarta fuente de la virtud, forma parte, implícitamente, de este proceso educativo contra la “ignorancia” del soberano. Así pues, el “proceso de civilización” representado por la expansión del “fenómeno corte” aparece estrechamente vinculado –al menos entre los márgenes del architexto– a la implantación de una rigurosa moral personal –aristotélica y estoica–, que sitúa a la “razón” y al “buen juicio” en el centro de gravedad de un sistema filosófico destinado a inclinar al individuo –con fatiga y trabajo; mediante el conocimiento, el esfuerzo y el autocontrol; a través de un “áspero camino”– hacia la virtud. Una moral, por tanto, que se puede enseñar, que se puede adoptar, como *segunda naturaleza*, tras un arduo aprendizaje.

De esta manera, cuando Castiglione emplea idéntico procedimiento para “formar” su “perfecto cortesano” a través de un “arte que no parece arte” –repositor y creador, al mismo tiempo–, no sólo pone de manifiesto los orígenes clásicos de su arquetipo –racional, equilibrado, virtuoso–, sino que participa activamente, con la profunda y duradera repercusión de *El cortesano*, en la expansión europea del “clasicismo” –la tipología cultural dominante durante el Antiguo régimen– que se constituye realmente en “cultura de corte” a partir de la descomposición y reutilización del legado grecorromano conforme a una *ratio* dominada por los gustos, funciones y necesidades de la sociedad cortesana. De manera que no sólo la “cortesanía” es “clasicista”, sino que el “clasicismo” se hace “cortesano”, consecuencia de la forma política propia de los nuevos tiempos; los tiempos del moderno *gentiluomo*, un hombre antiguo –aristotélico y estoico– “en corte”.

Cuando Pietro Bembo¹⁰¹ toma la palabra para abordar el tema del amor –con el que se cierra *El cortesano*– el coloquio deriva, de manera análoga al asunto anterior, hacia un discurso teórico y abstracto –ofrece, en realidad, una “filosofía del amor”– muy alejado de la “praxis” amoratoria, de ese juego de simulación y disimulación sobre la escena de la corte trazado al final del libro tercero. En efecto, siguiendo los pasos de Platón, Bembo concibe el amor como una fuerza de atracción hacia la “belleza”, como “deseo de gozar lo que es hermoso”, en una doble dimensión, sensorial –común con los animales– e intelectual, propia y exclusiva del hombre racional. Esta belleza observable –y a la que

¹⁰¹ El personaje de Pietro Bembo fue analizado por G. DILEMMI: “Il Bembo «cortigiano»”, en C. OSSOLA (a cura di): *La corte e il “Cortegiano”...*, *op. cit.*, I, pp. 191-198.

el hombre se inclina por estas dos vías— no es, sin embargo, sino reflejo de la luz divina, que a través de los cuerpos manifiesta su “lustre” y su “bien”, un brillo que provoca la admiración y la atracción de quien lo contempla:

Mas hablando de la hermosura de que nosotros agora tratamos, la cual es solamente aquella que parece en los cuerpos, y en especial en los rostros humanos, y mueve aquel ardiente deseo que llamamos *amor*, diremos que es un lustre o un bien que mana de la bondad divina, el cual, aunque se extiende y se derrama sobre todas las cosas criadas como la luz del sol, todavía, cuando halla un rostro bien medido y compuesto con una cierta alegre y agradable concordia de colores distintos y ayudados de sus lustres y de sus sombras y de un ordenado y proporcionado espacio y términos de líneas, infúndese en él y muéstrase hermosísimo, aderezando y ennobleciendo aquel sujeto donde él resplandece, acompañándole y alumbrándole de una gracia y resplandor maravilloso, como rayo de sol que da en un hermoso vaso de oro muy bien labrado y lleno de piedras preciosísimas. Y así con esto trae sabrosamente a sí a los ojos que le veen y, penetrando por ellos, imprime en el alma de quien le mira y con una nueva y extraña dulzura toda la trastorna y la hinche de deleite y, encendiéndola, la mueve a un deseo grande dél ¹⁰².

Deseosa de gozar esta hermosura, el alma puede dejarse guiar torpemente por el sentido —el apetito carnal que inclina a “juntarse” totalmente con el cuerpo bello en busca del placer—, y caer en el error de quienes aman sensualmente, al margen de la *razón*, —como los “animales”— hasta convertir su existencia en una tumultuosa sucesión de penas, congojas y desazones, al modo del “amor cortés”; o bien optar por un amor “sujeto a elección”, “racional” y “espiritual” —propio del hombre maduro— que, apartado de la atracción sensual y “desordenada”, disfruta con la contemplación de la belleza de la mujer amada, una belleza que procede de Dios y que tiene en la bondad su centro. Lo “bello”, por consiguiente, sólo lo es realmente si es manifestación externa de lo “bueno”, si ofrece una apariencia “verdadera” del interior.

Este amor “platónico”, en consecuencia, es presentado por Pietro Bembo como una delicada alternativa —superior en la escala— al código del “amor cortés”, ese “loco amor” que, como forma cultural predominante, campeaba en las

¹⁰² B. de CASTIGLIONE: *El cortesano...*, *op. cit.*, libro IV, pp. 509-510.

cortes europeas del Cuatrocientos ¹⁰³. Frente a aquel entramado simbólico, bajo cuya compleja cobertura subyacía, únicamente, una pasión carnal mal disimulada, el camino de Bembo, en sintonía con el modelo antropológico dibujado a lo largo de *El cortesano*, propone, en cambio, el dominio de las pasiones, su sometimiento a la *razón*, para sublimarlas en un dulce y atemperado sentimiento que asciende hasta las fuentes de la *belleza* a través de un movimiento contemplativo y espiritual. No el sentido del tacto, sino los de la vista y el oído habían de deleitarse con la presencia de la dama, en una relación honesta y decorosa —moralmente aceptable— donde jamás el caballero habría de exigir a su amada la concesión de “dones” contrarios a la “virtud”.

Dicho modo de amar, propio de un selecto grupo social e intelectual —siempre ajeno al “vulgo”— entró en la escena española desde época temprana, como se observa, vinculado al arquetipo humano elaborado por Castiglione, toda vez que fue su obra —por encima de los *Diálogos de amor* de León Hebreo— la que propició su difusión en el ámbito hispano ¹⁰⁴. Amar platónicamente, por consiguiente, no fue sino “amar a la cortesana”, esto es, refinada, culta, “educadamente”, siguiendo el curso de un nuevo y más delicado código —propio de un hombre que se comporta y “siente” conforme a su *naturaleza racional*— que se presentaba plenamente integrado en un modelo antropológico cohesionado y fuerte, dominado por la *gracia* y el *descuido*, por la *naturalidad*, el *término medio* y la *armonía*. No es extraño, pues, que su introducción en España se produjese —como parte de una cultura de elite— a través de la corte de Carlos V, y que fuesen los poetas cortesanos —Boscán, Garcilaso, Hurtado de Mendoza o Gutierre de Cetina— quienes incorporasen aquella manera de amar a una poética general —de un “verso que no parece

¹⁰³ En el ámbito hispano, el código del amor cortés ha sido estudiado, en relación con su contexto de escritura, por E. ASENSIO: *Poética y realidad en el Cancionero peninsular de la Edad Media*, Gredos, Madrid 1970; O. H. GREEN: “Courtly Love in the spanish Cancioneros”, en *The literary mind of medieval and renaissance Spain*, The University Press of Kentucky, Lexington 1970, pp. 40-92; A. BLECUA: *La poesía del siglo XV*, La Muralla, Madrid 1975; J. M. AGUIRRE: “Reflexiones para la construcción de un modelo de la poesía castellana del amor cortés”, *Revista de Filología* 58 (1981), pp. 54-81; y C. ALVAR y A. GÓMEZ MORENO: *La poesía lírica medieval*, Taurus, Madrid 1987.

¹⁰⁴ Véanse al respecto las explicaciones de M^a P. APARICI LLANAS: “Teorías amorosas en la lírica castellana del siglo XVI”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* 44 (1968), pp. 121-167.

verso”, de una rima apenas perceptible ¹⁰⁵– vanguardista y renovadora, “cortesana”, en suma, desde su misma génesis ¹⁰⁶.

Este amor intelectual, “en ausencia”, que aúna lo “bello”, lo “bueno” y lo “verdadero” en un movimiento de elevación espiritual, alcanza cotas todavía más altas cuando el alma, dejando atrás el cuerpo de la mujer, se entrega a la contemplación de la hermosura universal. Y es todavía éste un estadio intermedio que antecede, en la escala mística, a aquél que, prescindiendo ya de los sentidos, lleva al alma a volverse sobre sí misma para ver en su interior “un rayo de aquella luz que es la verdadera imagen de la hermosura angélica comunicada”. Por esta senda, el alma se ciega para las cosas terrenales y abre a las celestiales, hasta quedar “arrebataada con el resplandor de aquella luz” tras la que parte “con tanto deseo que casi llega a estar borracha y fuera de sí misma por sobrada codicia de juntarse con ella”. La vía unitiva, la vereda que conduce hacia Dios a través del amor, la experiencia mística, en definitiva, quedan aquí trazadas en un “camino de perfección” que concluye, ya en las altas cumbres, con el abandono de la realidad sensible y aun de la *razón*, cuyo discurso resulta prescindible para un alma que “transformada en ángel entiende todas las cosas inteligibles” y contempla “el ancho piélago de la hermosura divina” hasta gozar de aquella “suprema bienaventuranza que a nuestros sentidos es incomprensible”.

Frente a la religión de “cruzada” del guerrero, frente a la sutileza intelectual del escolástico, frente a una devoción popular formalista y supersticiosa, *El cortesano* propone para su arquetipo una fe vivencial e intimista –platónica y cristiana, moderna en cuanto experiencia religiosa del “yo” en relación directa con Dios– que constituye una alternativa culta y refinada, propia de un hombre que explora en su intimidad, a las formas de espiritualidad vigentes –entre caballeros, clérigos y gentes del común– en el ocaso de la Edad Media. También en este punto, por tanto, el architexto da las claves del tren de los tiempos –los

¹⁰⁵ Los rasgos formales propios de la nueva poesía italianizante fueron expuestos en R. LAPESA: “Poesía de cancionero y poesía italianizante”, en *De la Edad Media a nuestros días. Estudios de historia literaria*, Gredos, Madrid 1967.

¹⁰⁶ Sobre el contexto histórico y cultural en que se desarrolló la poesía garcilasista española, véanse los trabajos de A. GALLEGU MORELL: “La escuela de Garcilaso”, en *Estudios sobre poesía española del primer siglo de oro*, Ínsula, Madrid 1970, pp. 3–30; J. M. BLECUA: “Corrientes poéticas en el siglo XVI”, en *Sobre poesía de la Edad de Oro*, Gredos, Madrid 1970, pp. 11–24; y A. PRIETO: *La poesía española del siglo XVI*, Cátedra, Madrid 1984, 2 vols.

tiempos del recogimiento y de la mística— cuya “oscura senda” recorre Castiglione para cerrar, en un punto climático, su retrato del cortesano, un hombre también espiritual, al fin y al cabo, pero de un nuevo modo, de un modo “cortesano”.

Con el alba del nuevo día se cierra la cuarta y última velada de *El cortesano*, cuyo heterogéneo *corpus* doctrinal—ambiguo y problemático en no pocos pasajes— fue, sin embargo, recibido en la corte de Carlos V, al igual que en el resto de Europa, como la plasmación segura y estable —terminada— de un modelo antropológico armónico y total que, desde un principio, se erigió en referente, en ideal humano digno de imitación y emulación para quienes formaban parte, como *servidores* del Emperador, de aquella variopinta sociedad cortesana. Entre sus letrados, capellanes, mayordomos, capitanes, embajadores y secretarios circuló, desde 1534, la traducción castellana preparada por Juan Boscán, donde unos y otros —también la vieja aristocracia guerrera— encontraron dibujada una sugerente y prestigiosa figura que vino a sustituir, en el imaginario colectivo de la nobleza —y ahora también, en el de aquellos que, a través de la *gracia* real, habían ascendido hasta las altas esferas del *honor*— al antiguo caballero medieval, cuyos valores y “modo de vida”, una vez clausurada la época feudal, habían perdido su vigencia.

Constituido en architexto, en punto de convergencia y, al tiempo, punto de partida del discurso cortesano europeo, el libro de Castiglione supo esbozar, en el cruce de caminos que representaba la corte, las líneas maestras de un nuevo modelo antropológico —absolutamente dominante desde entonces— configurado a partir de la conjunción y reformulación de las actividades desarrolladas por los distintos grupos sociales aglutinados en los nuevos espacios cortesanos —el ejercicio de las armas, el uso de la lengua y la conversación, las artes plásticas, los juegos, las prácticas amoratorias— en función de una “regla generalísima” —basada en la *gracia* y el *desprecio*, en un *término medio* virtuoso, en un “arte que no parece arte”— que logró integrar y articular los diversos elementos formativos del arquetipo. A través de aquella estrategia enunciativa, pues, Castiglione acertó a definir —en un extraordinario ejercicio de conciencia— los fundamentos de un “modo de vida”, de un “estilo cortesano” internacional —armónico, racional, equilibrado, decoroso, elegante y natural— aplicable a todos los campos de acción —desde la arquitectura a la moda, desde la equitación a la música— que, ya por entonces —y más si cabe tras el profundo efecto “modelizante” de *El cortesano*— tendió a constituirse, con ligeras variaciones locales, en lengua franca de la aristocracia cortesana europea, aquella que *servía* en las distintas cortes principescas y estaba sometida, por consiguiente, al imperio de la *gracia*.

Aquel “perfecto cortesano” elaborado en las veladas de Urbino –con tanto esfuerzo cincelado por Castiglione en busca de la armonía– no representaba, desde el punto de vista de las fuentes, sino la confluencia de numerosas vetas y tradiciones que, cohesionadas en un mosaico de nuevo cuño –plenamente vigente, contemporáneo– proyectaban una imagen terminada y perfecta del hombre de la corte. En ese sentido, es preciso señalar que, si el cortesano heredaba del caballero el oficio de las armas y la noble cuna, de Aristóteles escogía su preferencia por la razón y el término medio, del *Orador* de Cicerón su inclinación a ocultar el arte bajo una apariencia de “naturalidad”, de Ovidio su habilidad en las artes amatorias “sobre la escena”, de los estoicos su estricta moral –ese “áspero camino” hacia la virtud– y de Platón, finalmente, su elevada concepción del amor, tanto humano como divino. La reunión de elementos tan dispares, de micropartículas de sabiduría tan cuidadosamente seleccionadas para la confección del arquetipo, por tanto, situaba a *El cortesano* bajo la órbita del humanismo, cuya labor de recuperación fue aprovechada por la cultura cortesana para satisfacer sus propias necesidades funcionales y simbólicas –una vez descompuesto y reutilizado el legado clásico– hasta propiciar el surgimiento de una nueva tipología cultural propia y distintiva del Antiguo régimen, del “sistema de corte” –frente al caos y la “barbarie” medievales–, ordenada, elegante, “graciosa”, “clasicista”.

Todas y cada una de las calidades y habilidades vinculadas a la figura del “perfecto cortesano”, por consiguiente, como parte de una cultura de elite fuertemente arraigada en la Antigüedad grecorromana, debían ser adquiridas a través de un arduo proceso de aprendizaje destinado a moldear con “arte” –conforme al ideal “clasicista” antes descrito– una “naturaleza” imperfecta, inmadura, poco trabajada. El arte de la cortesanía, pues, llegó a erigirse en gramática general de un “modo de vida” refinado, equilibrado, virtuoso, “culto”, propio de las clases privilegiadas, que, a través de la educación y las buenas maneras, establecieron una barrera cultural insalvable con respecto al pueblo llano, a quienes se hallaban “fuera” de la corte, al margen del “sistema de la gracia”. Como receptor y agente de aquel movimiento “formativo”, el cortesano hizo partícipe a su propia persona del “proceso de civilización” destinado a someter y atemperar los impulsos “animales” más primitivos a través de unas formas de relación, al menos en apariencia, menos violentas, menos “salvajes”. De ahí que la cortesanía sea también el imperio de la *razón*, de la *discreción* y la *prudencia*, por cuyo filtro habían de pasar todas las acciones humanas antes de

ser ejecutadas: los sentimientos, los gestos, las palabras... todo debía ser “codificado” –en el paso de la interioridad a la “escena”– con el fin de ofrecer una imagen agradable y decorosa de un individuo permanentemente situado, en el estrecho cerco de palacio, ante el “ojo que mira”.

Es precisamente la “teatralización”, la “puesta en escena” de este modo de vida regido en toda su extensión por la *gracia*, el *descuido* y la *naturalidad*, lo que convirtió al arte de la cortesanía en una “máscara civilizatoria” destinada, por una parte, a disfrazar, a ocultar tras un velo “tolerable” las tensiones y desigualdades inherentes al “sistema de corte”, y, por otra, a servir como “instrumento”, como “arma de combate”, una vez colocada sobre el rostro de quienes coexistían en el seno de una sociedad cortesana dividida en facciones y grupos de poder, en redes clientelares que pugnaban abiertamente por controlar los canales de distribución de la *gracia*. Situado en tal “escenario”, abocado a emplear sus calidades en la consecución de fructíferas relaciones *personales*, el hombre de la corte estaba obligado a actuar con elegancia y decoro, con discreción y prudencia, con el fin de aprovechar las ocasiones de incrementar su honor y buena fama –siempre ante “los otros”– y exhibir sus virtudes en presencia del príncipe para salir, posteriormente, beneficiado con la obtención de alguna prebenda conforme a la lógica del servicio–merced. El arte de la cortesanía, por consiguiente, integrado en el “sistema de la gracia”, se convertía en un “arte de servir”, en un “arte de competir” que mostraba al cortesano el manejo de sus nuevas y poderosas armas, no ya el caballo ni la espada, sino el gesto cortés, la cuidada palabra y, en general, todas aquellas maneras que lo hacían “agradable a los ojos”, bien fuera en el salón, el patio, el jardín o la cámara. Dominar este código cortesano –a través de habilidades “prácticas” como la observación, la simulación o la disimulación– llegó a resultar, por tanto, absolutamente imprescindible para la supervivencia y medro del caballero “en corte”, cuya educación, en última instancia, se erigía en herramienta política, en instrumento de poder.

A pesar del pragmatismo inherente a la praxis de la cortesanía, el arquetipo dibujado por Castiglione presentaba en su código genético –frente a otros modelos posteriores– una marcada inclinación hacia lo “bueno”, lo “bello” y lo “verdadero”, principios que representaban, para el humanismo renacentista, la quintaesencia del pensamiento clásico. El moderno *gentiluomo*, en consecuencia, era todavía un hombre “moral”, obligado a conjugar lo “útil” y lo “honesto” en todas sus acciones, bien fuese en relación con el príncipe –a quien debía

mostrar, como maestro en la “verdad”, el camino de la “virtud”—, bien fuese con respecto a la dama, a quien había de amar honestamente, deleitándose en la contemplación de su “hermosura”. Una “moral”, en fin, aristotélica y estoica, destinada a guiar al “perfecto cortesano”, conforme a su naturaleza racional, por el “áspero camino” que, a través de la sabiduría, la justicia, la fortaleza y la templanza, conducía —con fatiga y trabajo— hacia una existencia “noble”, “honrada”, “virtuosa”.

Proyectado históricamente sobre la Europa de la corte, *El cortesano* se convirtió rápidamente, debido a su extraordinaria acogida, en referente universal del “arte de la cortesanía”, que desde entonces funcionaría como código homologante de las relaciones humanas surgidas en el seno de las monarquías dinásticas occidentales. Esta instancia modelizante, esta tipología cultural dominante, sin embargo, no se agotó con la obra de Castiglione ni se manifestó, por tanto, de una vez por todas en su forma definitiva, sino que pervivió, a lo largo del tiempo, como proceso dinámico y activo —multiforme y cambiante— conforme el discurso cortesano europeo se fue desarrollando y diversificando al calor de las nuevas experiencias curiales. En la tradición española, el reinado de Carlos V —momento de recepción de *El cortesano*— coincidió con el período fundacional de aquella literatura de temática áulica, a la que contribuyeron, en décadas posteriores, autores tan señalados como fray Antonio de Guevara, Cristóbal de Castillejo, Luis Milán, Damasio de Frías, Gracián Dantisco, Alonso de Barros o Baltasar Gracián, quien, mediado el siglo XVII, estableció, con su “cortesano discreto”, un excelente contrapunto —desengañado, pragmático, “barroco”— al arquetipo renacentista esbozado por Castiglione.

Así pues, el “estilo cortesano”, el modelo antropológico encarnado por el moderno *gentiluomo* y, en definitiva, la tipología cultural asociada al “sistema de corte”, el “clasicismo”, con sus diversas metamorfosis y modificaciones parciales, se erigieron, desde comienzos del Cinquecento, en referente universal, en gramática general, abarcante y preeminente, que modeló —tal y como se recoge entre los márgenes del architexto— la “forma de vida” de la sociedad política europea durante el Antiguo régimen. Su carácter dominante y central, su sentido restrictivo y coercitivo —como un bello corsé civilizatorio que daba forma a las imperfecciones naturales—, quedó probado a la luz de otros discursos contemporáneos que, frente al “cortesano”, exaltaban una forma de vida “fuera” de la corte —bien fuese entre arcádicos pastores, bien fuese bajo el yelmo del caballero andante—, definida por unos valores y una simbología en torno a los cuales,

sin embargo, no pudo afianzarse jamás un modelo cultural alternativo capaz de desbancar al que regía sobre el “sistema de la gracia”. Antes al contrario, aquellos discursos funcionaban solamente por oposición al que se había configurado al abrigo de los nuevos centros de poder, las cortes principescas, de manera que, como elementos dependientes de aquél –aun por contraste– no dejaban de ser “cortesanos”. Su nacimiento, pues, respondía a un ansia de “libertad”, de “espontaneidad”, de “naturaleza”, surgida desde los estrechos muros de palacio, desde la dictadura de la *gracia*.

Una gracia, un descuido, un decoro, que, como principios homologantes y modelizantes, estuvieron siempre presentes, a modo de sustrato inalterable, bajo el rostro del moderno *gentiluomo*, reformulado una y otra vez, como ideal humano, a lo largo de los siglos que siguieron a la propuesta de Castiglione; un moderno *gentiluomo*, en fin, que, más allá del Antiguo régimen, más allá de su tiempo, siguió proyectando sobre la sociedad europea, sobre su burguesía adinerada, sobre sus élites políticas y económicas –en un eterno retorno a los orígenes, en una incesante encarnación de su espíritu, como parte de la raíz profunda de Occidente– su equilibrada sombra, distinguida, elegante, graciosa, “cortesana”.